



*Seduciendo  
al duque  
Olivia Kiss*

# **Seduciendo al duque**

**Serie Seduciendo #2**

# Sinopsis

Samuel Wellington planea vengarse de la familia Thomson casándose con su hija menor después de un malentendido ocurrido un año atrás. El duque es un hombre orgulloso, poderoso y está obsesionado con la idea de mantener su honor intacto. Lo que no sabe es que para Anne aquello no es precisamente un castigo, puesto que lleva enamorada de él desde que lo vio por primera vez. Unidos por un matrimonio en el que Samuel piensa que lo menos importante parece ser el amor, ¿conseguirá Anne seducir al duque...?

# 1

Aunque había pasado un año, Samuel seguía percibiendo una tensión en sus hombros cada vez que alguien nombraba el apellido Thomson. Poco tiempo atrás, él había estado cortejando a la hija de la familia, Sophie, bailando el vals con ella en cada velada, acudiendo a tomar el té un par de tardes a la casa de la familia y, en resumen, intentando comportarse como el perfecto caballero que en teoría debía ser.

*Actuando*, le recriminó una vocecita en su cabeza.

Sí, puede que en realidad Samuel no fuese tan idílico como se esforzaba por aparentar en público, pero el hecho de que fingiese no anulaba todo lo demás: el esmero que había puesto para conquistar a Sophie Thomson, un apellido poderoso que habría sido la unión perfecta con el suyo. Samuel, que era calculador por naturaleza, había dado por hecho que se casaría con esa joven y tendría unos hijos maravillosos que defenderían el título con honor.

Pero se equivocó. Finalmente, nada de eso ocurrió.

Contra todo pronóstico, la maldita muchacha había anulado su compromiso para casarse con un diablo de Londres de mala reputación que regentaba uno de los clubs más famosos de la ciudad. ¿Cómo había hecho tal locura? Por

eso, tanto tiempo después, él aún estaba intentando asimilar la noticia y controlar la rabia que sentía cada vez que pensaba en ello. Porque, para empezar, él era el duque de Wellington, uno de los hombres más importantes, ese que todas las chicas intentaban conquistar porque era el mejor partido conocido de la temporada. Y ella lo había rechazado. Thomson. Una Thomson había pisoteado su orgullo como si creyese que anular un compromiso con alguien como él era de lo más normal, ¿en qué estaba pensando esa inconsciente cabeza hueca?

Samuel no lo sabía. Pero lo que sí sabía era que pagaría por ello. Vaya si lo haría. No había decidido cuándo ni cómo, pero la idea daba vueltas en su cabeza desde hacía semanas, torturándolo. Como ese mismo día, mientras cogía aire antes de cruzar las puertas del umbral de la mansión en la que aquella noche se celebraba el cumpleaños del señor Thomson. Después de lo ocurrido, Samuel no había esperado recibir una invitación, pero al parecer la familia quería limar asperezas de cara a lo que pudiesen decir los chismorreos y, aunque al principio él pensó que ni en broma aceptaría asistir, terminó por entender que era una oportunidad maravillosa para mostrar su poder delante de toda la sociedad.

Por eso entró con la cabeza alta, atrayendo todas las miradas.

Algunas jovencitas se sonrojaron y apartaron la vista al verlo pasar por decisión hacia el centro del salón. Samuel reprimió una sonrisa que parecía tirar de sus seductores labios y se mostró tranquilo, como si acudir al hogar

de esa familia que se había convertido en su enemiga de la noche a la mañana no le supusiese ningún problema. Aunque, por supuesto, no era así. Pero él sabía que no había mayor táctica de ataque que colarse entre las filas del adversario. De modo que fingió que no tenía ningún problema.

No había nada que se le diese mejor que eso, fingir.

Samuel tenía la sensación de que llevaba haciéndolo toda la vida. De pequeño, había fingido ser el hijo perfecto. De mayor, fingía ser un caballero de brillante armadura.

Al finalizar el día, ni siquiera él sabía muy bien quién era.

—¡Samuel! —exclamó Daniel llamándolo con una sonrisa.

Él asintió con la cabeza y se dirigió hacia su mejor amigo.

Conocía a Daniel desde que era un niño y coincidieron en el internado. Daniel era un vizconde de mirada afable y carácter tranquilo. A diferencia de Samuel, resultaba transparente a los ojos de todo el mundo y no fingía ser alguien que no era, sino todo lo contrario; estaba orgulloso de mostrarse como tal. A veces, Samuel envidiaba que fuese feliz con tan poco, que no tuviese tanto orgullo como él o que lograra contener sus emociones sin esfuerzo.

Él, por lo contrario, era un volcán en erupción.

Esa noche, de hecho, se sentía justo así.

Alerta, como un tigre al acecho.

—Dijiste que no vendrías.

—He cambiado de opinión —admitió Samuel un poco incómodo—. Sencillamente, me apetecía despejarme un rato. No me mires así. Me han invitado.

—Ya lo sé. Pero también sé que estás tramando algo.

—En absoluto —mintió—. Todo está olvidado.

—Ve con ese cuento a alguien que no te conozca.

Su amigo sonrió y él no pudo evitar hacerlo también, porque, en efecto, Daniel lo conocía demasiado bien. Era la única persona en la que Samuel confiaba al cien por cien, porque desde que había heredado el título tenía la sensación de que casi todo el mundo se acercaba a él por interés; las mujeres intentaban conquistarlo, los hombres querían ser sus amigos.

Y él, en cambio, lo único que deseaba era venganza.

Ni siquiera tenía la cabeza para pensar en nada más.

—No haré nada que no se merezcan. Además, sabes que soy un caballero —comentó con una sonrisilla irónica—. Jamás montaría un escándalo, menos en un cumpleaños.

—Un escándalo puede que no, cierto. Pero se te da bien mantener oculto aquello que no quieres que se sepa. No me hagas enumerar todos los secretos que te guardo.

Samuel se acercó hasta la mesa de las bebidas y cogió una.

Iba a necesitarlo para conseguir sobrevivir a esa noche, porque por nada del mundo pensaba ser de los primeros en marcharse, al revés. Quería

demostrarle a los Thomson y al resto de los presentes, que le importaba un bledo que Sophie hubiese terminado casándose con un diablo. Quería que todo el mundo supiese que él estaba muy por encima de todo aquello. No sabía por qué ese sentimiento era tan importante para él, quizás porque le habían inculcado desde pequeño y a base de fuerza que el orgullo y el honor estaba por encima de todo. De modo que se pasó el resto de la noche hablando con Daniel y su esposa Marlenne, una mujer encantadora, y bailando con numerosas jovencitas que reclamaban su atención porque, a fin de cuentas, él seguía siendo el soltero más codiciado.

Su ánimo solo flaqueó cuando vio aparecer en el salón a Sophie Thomson acompañada por su marido, Jack Gallard. Ella seguía estando tan bella como la recordaba, a pesar de que, por las noticias que habían llegado a sus oídos, había dado a luz apenas dos meses atrás. La joven tenía un cutis perfecto, el cabello rubio y los ojos azules, rasgos que compartía con Samuel y que le hicieron pensar a él que, junto a ella, tendría unos herederos perfectos.

Apartó la mirada de la chica, airado, y la centró en su compañera de baile que, a decir verdad, se movía con gracilidad y al compás de sus movimientos sin el más mínimo error.

Pero estaba empezando a agobiarse. No por la situación, sino porque fingir durante varias horas que la velada era de lo más agradable y que estaba allí porque había decidido perdonar sus diferencias con los Thomson, cada vez le resultaba más complicado. El rencor se apoderaba de él conforme los minutos



pasaban y supo que tenía que salir de allí.

Así que cogió otra bebida, aunque probablemente había consumido ya más de la cuenta, y sin despedirse de nadie salió por la puerta trasera que conducía hacia el jardín de los Thomson. Por suerte, era una noche cálida de verano y la luz de la luna iluminaba sus pasos.

Pero, al parecer, no iluminaba lo suficiente como para que un bulto menudo no terminase chocando con él. Si ese día no hubiese probado ni una gota de alcohol, quizás Samuel podría haber evitado caer al suelo cuando sus piernas se enredaron entre las de la joven que profirió un gritito agudo y estridente de lo más desagradable.

—¡Maldición! —gruñó Samuel malhumorado.

Puede que debiese haberse comportado como un caballero y disculparse, pero seguía enfadado después de ver en el baile cómo Jack y Sophie se miraban enamorados, algo que él ya sabía que jamás haría, porque desde luego el amor no era un sentimiento demasiado extendido entre la alta sociedad tan acostumbrada a los matrimonios concertados. La cuestión era que, entre aquello, que había bebido y que odiaba a los Thomson, por una vez no le apetecía fingir que era un príncipe de brillante armadura.

—Perdona, lo siento, es que... ¿dónde se ha metido...?

Aquel cuerpo pequeño se revolvió contra el suyo y, por un momento, Samuel se preguntó qué clase de dama se había tropezado con él, porque parecía luchar contra las telas de su vestido como una loca mientras, al

mismo tiempo, intentaba alejarse de él.

—Espera. La falda se ha enredado... —dijo Samuel.

—Oh, no, ¡date prisa! La rana... se escapa...

—¿La rana?! —Samuel parpadeó confundido.

Pero ella no le aclaró sus dudas; al revés, las incrementó cuando consiguió al fin liberarse después de rodar hacia un lado sin ninguna delicadeza y ponerse en pie.

Samuel frunció el ceño, alucinado, e intentó levantarse.

—¡No, no te muevas! ¡Podrías aplastarla!

—¿Aplastarla? —Por un momento, Samuel se preguntó si no habría bebido más de lo que pensaba o se habría dado un golpe en la cabeza al caer al suelo.

—¡A la rana! —explicó la chica como si fuese obvio.

Él cerró los ojos, inspiró hondo, y luego los abrió.

—¿Todo esto es por una maldita rana? —preguntó.

—Sí. La he encontrado... —dijo mientras se movía casi de puntillas como si temiese hacerle daño sin querer—. Y morirá si no la llevo al estanque. Está al otro lado del jardín. A veces se pierden, ya sabes, son ranas, no son tan listas como un perro o...

—No me puedo creer que esté manteniendo esta conversación.

Samuel ignoró sus quejas y se puso en pie, alzándose en toda su altura, que no era poca teniendo en cuenta que casi rozaba el uno noventa y solía destacar entre la multitud por su cuerpo atlético y sus hombros anchos y

firmes. Solo entonces, cuando la luz de la luna llena y redonda iluminó su cabello rubio desordenado tras la caída, ella se dio cuenta de que estaba delante del mismísimo duque de Wellington. Y sintió que se le secaba la boca.

—¿Cómo te llamas? Una joven como tú no debería andar sola y mucho menos de noche y por este sitio desierto... —Miró a su alrededor—. ¿Es que eres una inconsciente?

—No, no exactamente. Quiero decir... es mi casa.

—¿Tu casa? —Arrugó la frente, sin comprenderla.

—Me llamo Anne Thomson —dijo en voz baja.

Samuel se quedó sin aliento durante unos segundos que le parecieron larguísimos. Una sucesión de ideas a cada cual más disparatada pasó a toda velocidad por su cabeza. Venganza. Honor. Orgullo. Los sentimientos se mezclaron rápido, tanto que en cierto momento él tomó una decisión en firme, así, sin pararse a pensarlo más. Si, por el contrario, hubiese consultado aquello con su mejor amigo, probablemente éste le hubiese dicho que estaba cometiendo un tremendo error y que diese marcha atrás, pero, como allí no había nadie que pudiese frenarle los pies, ante él tan solo vio la oportunidad que había estado esperando todo aquel tiempo.

Una joven tan fácil de comprometer que apenas tendría que hacer nada más allá de continuar estando un rato más allí con ella. No pudo evitar sonreír. Y justo en ese momento se escuchó un pequeño croar a sus pies. Como ella

estaba petrificada en el sitio, culpándose por haberse mostrado de nuevo tan poco femenina y elegante como de costumbre, finalmente fue él quien se agachó con un suspiro y cogió a la rana entre sus grandes manos masculinas, cobijándola para que no escapase de nuevo.

—La tengo. Era lo que querías, ¿no es cierto?

—Sí —dijo con un hilo de voz, nerviosa—. Gracias.

—¿Dónde está ese estanque del que hablabas?

—En el jardín, cerca del invernadero —contestó.

—Te acompañaré —se ofreció Samuel sin dudar.

Anne lo siguió sin dejar de contemplarlo gracias al reflejo de la luna. Mientras observaba su espalda y sus pasos firmes y largos, tragó saliva. Era, sin duda, el hombre más atractivo que había visto en toda su vida. Ningún otro podía hacerle sombra.

Pocas personas sabían que, desde la primera vez que se encontró con él en el salón de su casa, se enamoró perdidamente de él. Y no había logrado olvidarlo.

Anne se sentía tonta cada vez que lo recordaba, pero era la verdad. Había ocurrido un año atrás cuando Samuel Wellington acordó que visitaría a su familia para tomar el té. Por supuesto, todos estaban al tanto de que parecía querer cortejar a Sophie, su hermana mayor, y era una buena noticia que tanto su madre como su padre comentaban a todas horas. Samuel era un partido excelente, el hombre por el que suspiraban todas las jovencitas que formaban

parte de la temporada de aquel año. Y no era para menos, pensó Anne en cuanto lo vio.

Tenía el pelo claro del color del trigo, los ojos azules e intensos y una sonrisa capaz de robar el aliento. Era de esas personas capaces de llenar una estancia solo con su presencia. Anne lo comprobó cuando aquella tarde la dejaron estar en la salita de té durante la reunión, a pesar de que ella todavía no había sido presentada en sociedad.

Por supuesto, él no reparó en su presencia, claro. La saludó con amabilidad, pero después su mirada brillante se centró en su hermosa hermana, y ella no podía culparlo por algo así, porque era cierto que Sophie era preciosa y deslumbraba sin esfuerzo. Ella, en cambio, tan solo llamaba la atención por lo patosa que era o porque siempre terminaba montando un escándalo; como aquel día, mismo, cuando tropezó con el pie de una silla y estuvo a punto de darse de bruces contra el suelo del salón.

Si no hubiese sido porque Samuel la sostuvo rápidamente.

Anne notó sus manos firmes en su cintura, algo que en cualquier otra situación hubiese estado fuera de lugar, y sintió que se le sonrojaban las mejillas. Él la soltó en seguida y, tras guiñarle un ojo, centró su atención en lo que su madre decía sobre el té.

Ya no volvió a mirarla a ella y solo a ella.

Pero a Anne eso no le impidió enamorarse de él. Cada vez que visitaba el hogar de los Thomson para ver a su hermana o pasar un rato en el despacho

con su padre (suponía que hablando de planes futuros porque ambos daban por hecho que sus apellidos se unirían), Anne se peinaba y se ponía su mejor vestido, incluso a pesar de que apenas se cruzase con él un minuto a lo largo de la tarde. No le importaba. Ese lapso pequeño de tiempo era suficiente para que ella almacenase un montón de datos innecesarios en su cabeza, como, por ejemplo, que los extremos de sus ojos se arrugaban cuando sonreía, que se mordía la uña del dedo índice derecho al ponerse nervioso o que tenía tendencia a apartarse los mechones de cabello rubio que caían por su frente, aunque se notaba que intentaba reprimirlo, porque quizás el gesto no era considerado elegante entre la alta sociedad de la época.

Anne anotaba todos esos detalles en su diario.

Y sufría en silencio, llorando por las noches.

No era idiota. Sabía que Samuel Wellington terminaría casado con su hermana en apenas unos meses y, pese a todo, quería que Sophie fuese feliz, porque ella la adoraba. Pero no podía evitar sentir un agujero en el estómago cada vez que los imaginaba juntos.

Su única esperanza era que, por aquel entonces, sabía que al año siguiente al fin sería presentada en sociedad y, para hacer el dolor más llevadero, quizás ella podría intentar encontrar a un buen hombre con el que compartir su vida y formar una familia. Sabía que ninguno la haría sentir como lo hacía Samuel cuando la miraba, pero le bastaba con recibir una pequeña parte de eso que nunca tendría, porque estaba destinado a ser de su hermana.

Y, de repente, un día Sophie se enamoró de otro hombre.

Fue inesperado para todos. Empezando por ella que, cuando supo aquello, le confesó a su hermana mayor que ella sentía algo en secreto por Samuel Wellington. Todo encajó.

La cuestión fue que, tras aquel culebrón que terminó con Sophie casándose con Jack y dando lugar a la hermosa hija que acababan de tener, Samuel desapareció de sus vidas mostrándose indignado ante la cancelación del compromiso y prometiendo que pagarían por ello. Sin embargo, durante aquellos meses, no volvieron a saber nada de él. Algo que, pese a ser positivo dadas las circunstancias, Anne había echado profundamente de menos.

Por suerte, tras comenzar la temporada, había acudido a una fiesta en la que él también estaba, pero ni reparó en su presencia, ni pareció reconocerla, ni mucho menos la invitó a salir a bailar. Conforme las horas pasaban mientras ella lo observaba coquetear con la mitad de las chicas guapas, Anne se convenció al fin de que el hecho de que hubiese estado a punto de casarse con su hermana no tenía nada que ver con su indiferencia.

La cruda realidad era que Samuel jamás se fijaría en ella.

Él era deslumbrante. Ella una simple chica del montón.

Cuando antes lo aceptase, mejor para su corazón.

## 2

Y, sin embargo, esa noche estaba allí, a solas con ella.

No le pasó inadvertido el silencio que se prolongó entre ellos cuando le confesó que era la hija pequeña de los Thomson, pero aun así la tentación de pasar un rato a solas con él era tan grande que le dieron igual las consecuencias. Tras años siendo invisible, por fin Samuel parecía reparar en su presencia, aunque para ello Anne hubiese tenido que, literalmente, tirársele encima y gritar que estaba buscando una rana.

*Buena táctica para seducirlo*, se dijo mentalmente con ironía. Daba igual lo mucho ella intentase ser femenina, delicada como una copa de cristal y etérea, no lo conseguiría jamás. Su institutriz lo había intentado de todas las maneras posibles, pero de un modo u otro Anne siempre terminaba teniendo algún percance inesperado, tropezando en el momento menos oportuno, o, peor todavía, diciendo algo que no debía. Ese era su mayor defecto: que hablaba mucho, en exceso, sobre todo cuando se ponía nerviosa y que, además, de cosas inadecuadas.

Un don poco valorado para los maridos que buscaban esposa aquella temporada. Y ni qué decir de un duque. Él jamás la miraría más de dos veces antes de descartarla.



Pero, en cierto modo, aquella noche le pertenecía a Anne. Esos minutos preciados a su lado, poder quedarse con el recuerdo de su voz grave y masculina en sus oídos y de la visión de su figura dando una larga zancada tras otra hasta el estanque del jardín.

Para ir hasta allí, tuvieron que adentrarse más entre los árboles.

Estaba rodeado por unos setos que el jardinero de la familia podaba con esmero dándoles una forma redondeada que estaba de moda. Samuel frenó delante de la orilla.

—¿Quieres soltarla tú? —le preguntó distraído.

—No, hazlo tú mismo —lo animó Anne a su lado.

Samuel abrió las manos y la pequeña rana croó una vez más antes de saltar con fuerza y desaparecer, porque había tan poca luz que en seguida le perdieron la pista. Samuel se puso en pie mientras suspiraba y su atención se centraba entonces en la joven que tenía delante.

—¿Haces esto a menudo? —cuestionó con curiosidad.

—¿El qué, si puede saberse? —Lo miró nerviosa.

—Cazar ranas. Tirarte en los brazos de desconocidos.

—No está entre mis hobbies preferidos —dijo ella.

Samuel soltó una risita por lo bajo y Anne se estremeció porque pensó que era el sonido más delicioso que había oído en toda su vida. Masculino, pero suave a la vez.

Se tensó cuando él se movió a su alrededor, dando vueltas con las manos

en la espalda y sin dejar de mirarla de reojo, aún sonriendo. Anne aguantó el escrutinio.

—¿Qué pensaría tu familia si supiesen que estás aquí conmigo?

—Que he vuelto a fastidiarla, probablemente —admitió.

—¿Has vuelto? Entonces debo suponer que es común.

—Un tanto, sí. No puedo negarlo. Soy propensa a meterme en líos. No es que yo quiera hacerlo —repuso rápidamente, perdiendo la compostura—. Es que todo parece estar mal. ¡Hay tantas normas que cumplir que es imposible acordarse de todas!

Samuel cerró los ojos unos segundos, antes de abrirlos nuevamente y continuar dando vueltas alrededor de la joven, que seguía paralizada en medio del solitario jardín.

Si ella supiera...

Le hacía gracia que una chica como ella, una que se había limitado a seguir las enseñanzas más básicas de una institutriz, hablase de lo difícil que era seguir las reglas. No tenía ni la más remota idea. Para él sí había sido complicado. Un suplicio. Una tortura desde que podía recordar. Su padre, como la mayoría de los nobles, no se andaba con tonterías.

Samuel aún recordaba los duros castigos cada vez que cometía un error.

Sacudió la cabeza para apartar esos recuerdos y se concentró en lo que tenía entre manos, porque no era ninguna tontería, no, se trataba de algo importante. Tenía delante de él la misma venganza servida en una bandeja, a

la espera de que decidiese devorarla. Y tenía claro que lo haría. Era su oportunidad. La idea se asentó con más fuerza porque, de hecho, era además la manera más práctica de matar dos pájaros de un tiro, y otra cosa no, pero a Samuel Wellington le gustaban las cosas fáciles, esas que le hiciesen perder poco tiempo.

—¿No te estabas divirtiendo en la fiesta?

La voz de la joven lo sorprendió entonces.

—Sí. No. —Por una vez, decidió no fingir delante de ella. A fin de cuentas, cuanto antes supiese la realidad, mejor—. Sinceramente, los músicos dejan un poco que desear.

—Tienes razón. —Anne reprimió una sonrisa.

Él la miró con el ceño fruncido, sin comprender.

—¿Te parece gracioso? No debería.

—Pero es la verdad. Mi madre es un poco tacaña. Los otros músicos eran algo más caros, así que prefirió contratar a estos que acaban de llegar a la ciudad. Aunque, por otra parte, si te paras a pensarlo, también es justo. Quiero decir, si nadie los contrata porque son mediocres, jamás podrán coger práctica en actos sociales y empezar a ser mejores...

Samuel la contempló intentando formarse una idea rápida de ella. Lo iba a necesitar, porque desde luego no tenía tiempo que perder. Y lo que vio lo dejó algo descolocado, incluso a pesar de que estaba acostumbrado a fijarse bien en sus presas. En primer lugar, nunca había conocido a una mujer que

hablase tanto y mucho menos que lo hiciese de una forma crítica, dando su opinión respecto a temas que iban más allá del color que aquella temporada se llevaba en los vestidos de noche. En la sociedad tradicional con la que él se relacionaba, ellas solían ser recatadas y discretas, elegantes y delicadas como plumas.

Por el contrario, Anne era directa y clara, sincera.

Aún no sabía si considerarlo una virtud o todo lo contrario, pero esperaba que su temperamento inusual no interfiriese en los planes que tenía pensados para ella. Para ellos.

Se paró delante de la joven y la miró fijamente

Después alargó una mano y sostuvo aquella orgullosa barbilla entre sus largos dedos. La obligó así a alzar levemente la cara hacia la luz de la luna para poder verla mejor. La mirada azul de Samuel la recorrió al milímetro. Tenía un rostro común, de ojos marrones y cabello entre oscuro y rubio, en la oscuridad resultaba difícil determinar su color, pero desde luego no era dorado como el de su hermana ni tampoco negro como el carbón. Lo llevaba recogido en un intrincado moño que dejaba a la vista sus pómulos altos que no resultaban tan altivos en contraste con su pequeña nariz y sus labios carnosos, más gruesos quizás de lo que dictaban los cánones de la época. Tenía, en resumen, unas facciones poco destables, pero sí agradables en conjunto. Igual que su figura. Delgada y menuda, pero proporcionada.

En cualquier otra situación, Samuel no se habría fijado en ella. Pero en ese

momento le pareció que era como estar viendo un vaso lleno de agua después de caminar por el desierto durante horas. Dio un paso más hacia ella, acorralándola. Anne tembló.

—¿En qué momento pensaste que sería una buena idea alejarte de la fiesta con un desconocido y sin avisar a nadie? —susurró en el silencio de la densa noche.

—Yo... te conozco —contestó—. Eres un buen hombre.

—Ya, eso piensa todo el mundo. Y se equivocan.

—No lo creo. —Anne notó que su espalda chocaba con uno de los setos y dejó de dar pasos hacia atrás. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Por una parte, estaba ante un Samuel desvergonzado y decidido que ella no reconocía y, por otra parte, a pesar de que en teoría aquel comportamiento era inaceptable, Anne no podía ignorar que su cercana presencia le nublaba los sentidos, porque era embriagador—. Señor Wellington...

—Llámame Samuel —gruñó.

—Samuel... Todo esto...

Pero antes de que pudiese decir nada más, él se inclinó bajo las estrellas, la sujetó de la nuca, y la besó con decisión. No fue un roce ni un contacto suave. Al revés. Fue un beso brusco, casi lleno de rabia y firmeza, como si no hubiese dudado ni un solo segundo.

Anne se sujetó de sus hombros para evitar caerse al suelo de la impresión.

Era la primera vez que un hombre la besaba y ni en sus mejores sueños

hubiese imaginado que sería tan electrizante, como una descarga rápida o ese primer día de Navidad, con la emoción burbujeante en el estómago justo antes de abrir los regalos, pero aún todavía mejor. Mil veces más intenso. Los labios de Samuel eran exigentes y encajaban con los suyos como si sus bocas llevasen años esperando a que aquello sucediese por fin.

Era delicioso. Como subir muy arriba y bajar de golpe.

Algo casi premonitorio que sentiría poco después.

Ella dejó escapar un gemido de sorpresa cuando la mano de él subió por su cintura y le rozó el pecho por encima de la tela del vestido. Anne nunca se había sentido así, como si todo su cuerpo ardiese y estuviese envuelto en llamas. No entendía cómo una sola persona era capaz de despertar todas esas sensaciones dormidas y nuevas con apenas un simple beso, el contacto de dos bocas. Pero vaya si lo había hecho. Apenas podía respirar.

Y cuando le bajó el vestido de un tirón para liberar sus pechos...

Entonces Anne pensó que no podría soportarlo.

—Samuel —jadeó, pero él no respondió.

De repente, el frío la invadió. Cuando abrió los ojos, vio que Samuel había dado un paso atrás y se lamía los labios con un gesto que resultó erótico, llevándose su sabor con la mirada aún fija en sus pechos al descubierto, en los pezones erguidos por culpa del frío de la noche de verano. La miró una última vez y lo hizo con frialdad, pero decisión.

—Tápate antes de que termines resfriándote.

Tras aquella frase que podía ser considerada cualquier cosa menos romántica, Samuel dio media vuelta y la dejó allí antes de encaminarse hacia la enorme propiedad que se alzaba al fondo del jardín. Anne parpadeó aún alucinada. Hasta que todo encajó.

Entonces lo entendió todo y tuvo que reprimir las ganas de llorar.

### 3

Había pasado más de una hora desde su encuentro con Samuel Wellington.

Anne podía imaginarse perfectamente lo que estaba ocurriendo en esos momentos en el despacho de su padre, pero la idea de tener que enfrentarse a ello le revolvía las tripas, aunque, en el fondo, una parte minúscula de ella estaba feliz, lo que hacía que todo fuese más triste.

Al final, cuando se armó de valor y no soportó más el frío, se levantó del banco de piedra en el que había estado sentada escuchando a las ranas croar como única compañía, y se dirigió hacia la casa. Pero antes de que pudiese dar más de dos pasos, la silueta de su hermana apareció recortándose en medio de la oscuridad, bajo la luna redonda.

—¡Anne! —Parecía preocupada—. ¿Dónde te habías metido?

—Necesitaba tomar el aire, lo siento —se disculpó.

—¿Tomar el aire? Samuel está hablando con papá y llevan más de media hora gritándose. ¿Es cierto, Anne? ¿Te ha comprometido? Porque te prometo que si ha mentado...

—No está mintiendo —dijo sin emoción alguna.

—Pero ¿cómo es posible...? ¡Anne! ¿Acaso no lo entiendes?

Su hermana Sophie se llevó las manos a la boca para silenciarse a sí misma



y no decir lo que tenía en la punta de la lengua, pero Anne no era tonta y terminó por ella.

—Sí que lo sé, ¿de acuerdo? Sé que solo ha jugado conmigo. Sé que probablemente lo tenía todo planeado para conseguir que cayese en sus redes como una tonta y le dejase ponerme las manos encima. Y sí, también sé que esto lo ha hecho para vengarse por lo que ocurrió el año pasado contigo.

—No admitió delante de su hermana que, en realidad, había encajado las piezas después y que, por una vez en su vida, durante el rato que había pasado junto a Samuel, había querido pensar que aquello era real y no una farsa.

Ojalá la hubiese besado tan solo porque la deseara...

Pero nada más lejos de la realidad. Si no hubiese sido porque era la manera de comprometerla y conseguir sus planes, Samuel jamás le hubiese puesto una mano encima. Saberlo era doloroso, pero aun más ser consciente de que no podía cambiarlo.

—¿Y vas a consentirlo? —estalló Sophie enfadada.

—Chicas, ¿qué está ocurriendo? —Jack salió al jardín.

—Solo intento que mi hermana reaccione —le dijo.

—Cálmate. —Jack le frotó los hombros a su esposa.

—¿Que me calme? ¿Cómo puedes pedirme eso? Ese malnacido que está dentro del despacho de papá ha engañado a mi hermana tan solo para ganar una guerra que no existe. Y no pienso consentir que se salga con la suya. No,

nada de eso.

—Lo haré —la interrumpió Sophie.

—¿Cómo has dicho?

—Que lo haré.

—Pero, Sophie...

—No tienes por qué —intervino Jack—. Me da igual que sea un duque o un rey, no tienes que hacer nada que no desees. Te prometo que encontraremos la manera de arreglarlo.

—No es eso —dijo Anne bajito—. Es que no quiero arreglarlo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo? —bramó Sophie.

—¡Mírame! —gritó Anne, abandonado por fin la tranquilidad en la que se había visto sumisa tras entenderlo todo—. No soy guapa como tú, no me piden bailar todos los chicos de la sala cada vez que hay una fiesta, no tengo nada especial ni voy a tenerlo jamás. Casarme con Samuel es, a fin de cuentas, una buena oportunidad para mí. Es el soltero más codiciado ¿no? Así que no puede ser tan malo. Además, tú sabes... sabes que hay algo más...

Su hermana pareció entender que Anne se refería a aquello de que había estado enamorada de Samuel tiempo atrás, cuando la cortejaba. Se cruzó de brazos, airada.

—¡No me lo puedo creer! Si es un traidor.

—Ya lo sé. Y eso lo cambia todo.

—¿Qué es lo que cambia?

—Mis sentimientos.

Pasó por su lado cuando la palabra aún daba vueltas en la cabeza de su hermana. Pero Anne había sido sincera. Puede que estuviese dispuesta a pagar las consecuencias de ser una inconsciente. Y puede que en el pasado creyese que Samuel era maravilloso. Pero ahora, después de todo, sus sentimientos habían cambiado. Sí, seguía notando un cosquilleo al pensar en él, ¿a quién iba a engañar? Pero también se sentía dolida y desilusionada.

—Espera, Anne —le rogó Sophie cogiéndola del brazo y luego se giró hacia su marido, que la miraba preocupada—. ¿Nos dejas un momento a solas? No tardaremos.

—De acuerdo. Esperaré en el despacho.

Le dio un beso en la frente y desapareció.

Las dos hermanas se quedaron a solas.

—Necesito que me apoyes —le pidió Anne.

—Pero es que no puedo. Tú no lo entiendes. Es por mí. Por culpa de lo que hice cancelando mi boda ahora tú vas a pagar las consecuencias y no puedo permitirlo. No lo haré. Me da igual que sea el duque o cualquier otra persona, es injusto...

—No es culpa tuya. Yo dejé que... lo hiciese... —admitió, incapaz de decir en voz alta que le había permitido besarla y, más tarde, desabrocharle el corpiño del vestido.

—Tú eres una niña y él un hombre experimentado.

—Eso aquí no tiene importancia —contestó.

—Se ha aprovechado —insistió y luego la miró más nerviosa—. Anne, tú no sabes cómo son algunos hombres en la intimidad y no me fío de él. Si aceptas ser su esposa, pasarás a convertirte en algo de su propiedad, podrá hacer contigo lo que quiera, hasta prohibirte que nos veamos, por ejemplo. Y eso no es lo peor... —cogió aire—. Algunos... algunos quieren cosas inapropiadas en la cama. Puede ser doloroso para ti. Una tortura.

Anne mantuvo la mirada fija en su hermana, intentando descifrar a qué se refería. Lo cierto era que ella sabía muy pocas cosas sobre la noche de boda y lo que ocurría entonces. Más allá de lo poco que había oído hablar a los criados, Anne era una ignorante.

Su padre salió en ese momento y la llamó a gritos.

Estaba en umbral de la puerta, con los hombros tensos, la vena de su cuello a punto de estallar y una mirada iracunda dirigida solamente a ella.

—Anne Thomson, entra en casa de una vez por todas o te juro que pagarás las consecuencias antes de decidir esas otras de las que tenemos que hablar ya.

Con la esperanza de no hacerle enfadar a su padre, Anne obedeció de inmediato. Entró en casa seguida por su hermana, que aún estaba preocupada, y se dirigió hacia el despacho de su padre. Tragó saliva al ver allí a Samuel, sentado plácidamente en uno de los sillones mientras se bebía una copa de licor como si, en efecto, estuviese celebrando algo.

Anne apartó la vista de él, incapaz de sostenérsela.

—¿Es cierto lo que dice? ¿Lo has permitido?

La voz de su padre sonaba severa. Su madre, por el contrario, parecía esperar una respuesta casi anhelante en lugar de llorar; quizás porque, en cierto modo y pese a las terribles circunstancias, era su última oportunidad para ver casadas a una de sus hijas con un duque. Su sueño hecho realidad, aunque hubiese tenido que ser de rebote.

—Sí, padre, es verdad —admitió bajito.

El hombre cerró los ojos, suspiró y negó.

—No voy a preguntarte en qué esperabas pensando, porque es evidente que en nada racional o apropiado, pero, como ya imaginarás, estamos aquí para intentar resolver este asunto de la forma más discreta posible. Tal como he hablado con Samuel, os casaréis la próxima semana. —Hubo una exclamación de asombro por parte de Sophie, que escuchaba aquello desde un rincón del despacho—. Olvida la idea de una boda por todo lo alto, tendrás que conformarte con algo sencillo y rápido. Y, ahora, déjame a solas con Wellington para que podamos hablar de tu dote. —Su padre parecía cansado.

Anne no se atrevió a decir ni una sola palabra más antes de salir del despacho tras su hermana y su madre, dejando dentro a Jack como único espectador. Aunque tiempo atrás la familia Thomson intentó impedir la boda de su hermana mayor, entre el acercamiento y el nacimiento de su nieta,

ambos habían ido acoplándose hasta tolerarse.

Ya fuera de la estancia, Anne se dio cuenta de que le sudaban las manos y el corazón le latía tan deprisa que temía que fuese malo para su salud. No había podido mirar ni una sola vez a Samuel y no quería ni imaginarse cómo iba a ser una boda en la que la novia se sintiese tan avergonzada de sí misma que apenas pudiese sostenerle la vista al novio.

Su hermana la cogió de la mano y tiró de ella para que se metiesen bajo el hueco de la escalera en busca de un poco de intimidad. Por suerte, casi todos los asistentes a la fiesta ya se habían marchado tras anunciar que al señor Thomson parecía haberle sentado mal la cena y no se encontraba bien. Sophie inspiró hondo y la miró apenada.

—¿Por qué has hecho eso, Anne? Te arrepentirás...

—Puede. Pero ¿qué importa? Nunca encontraré a un hombre que me ame. Lo sabes. Tratándose de mí ni siquiera es una mala opción. Podría haber terminado teniendo un matrimonio con un viejo viudo o a saber. No te sientas mal, Sophie, por favor.

—Es que no eres consciente de la situación. —Su hermana le cogió las manos y las apretó entre las suyas—. Samuel quiere vengarse. ¿De verdad deseas estar con un hombre que probablemente se pasará el día con otras mujeres mientras tú lo esperas en casa? ¿Eso es lo que quieres? ¡Podría impedir que nos viésemos si quisiese!

—No lo dejaría. Me escaparía. —Sonrió inocente.

—Anne, aún eres una niña. No te dejaré con él.

—Creo que podré apañarme sin tu ayuda, Sophie.

—¿Y si te manda al campo? Podría hacerlo. Podría dejarte embarazada en seguida y después mandarte con una matrona a alguna de las propiedades que tiene fuera de la ciudad. Muchos lo hacen. Sus hijos se crían allí hasta que son lo suficiente mayores como para irse a un internado y, mientras tanto, ellos se quedan aquí disfrutando de la vida entre mujeres y haciéndose cargo de sus negocios. No es justo para nosotras, pero no tenemos poder.

Anne tragó saliva, nerviosa de repente. La idea de que Samuel se casase con ella, concibiese a un heredero y después la mandase a vivir al campo era más que factible. Si lo que quería era vengarse, desde luego sería perfecto. Su hermana Sophie sufriría por su ausencia y su desdichada vida y, por supuesto, a sus padres les entristecería la noticia.

Antes de que pudiese decir nada más, su madre pasó por su lado.

—Anne, sube a tu habitación y vete a dormir —le ordenó severa.

—Sí, madre. —Se despidió de su hermana y subió las escaleras despacio, como si temiese hacer ruido y causar algún otro desastre aquella noche. Acababa de llegar al primer piso cuando vio salir del despacho de su padre a los tres hombres, todos con la frente arrugada en una mueca de disgusto menos Samuel, que sonreía satisfecho.

En apenas unas semanas, estaría en manos de ese hombre. Un hombre con el que había fantaseado a menudo, imaginando que él de repente se percataba

de su presencia y terminaba amándola. Y, sin embargo, qué diferentes iban a ser las cosas al final. Anne había conseguido casarse con el apuesto duque por el que todas las jóvenes suspiraban, pero aquella unión no tenía nada que ver con los libros de amor que ella leía a escondidas. Aquella unión era un castigo que él quería para su familia y ella la cabeza de turco que se había puesto a tiro.



## 4

Samuel Wellington sonrió mirándose en el espejo y después salió de su dormitorio sintiéndose contento mientras pensaba en aquel maravilloso acuerdo que ese día iba a cerrar.

Porque, como muchas otras personas, creía que el matrimonio era eso. Un acuerdo. Un pacto del que salir beneficiado y, sin duda, en esa ocasión él había ganado y por partida triple. Uno, porque finalmente su apellido iría unido al de los Thomson, una familia de Londres respetable y bien considerada, aunque no pudiese hacerle sombra al suyo. Dos, porque iba a vengarse de todos ellos y su honor prevalecería intacto de cara a la sociedad. Y tres, pero no por ello menos importante, porque a fin de cuentas ya era hora de que tuviese un heredero.

Cuando se despidió de su ayudante de cámara y bajó al comedor, cogió el periódico que le habían dejado preparado encima de la mesa, al lado del delicioso desayuno, y leyó con satisfacción el artículo de sociedad que destacaban en la primera página.

***Hoy es el gran día, ¡la boda de la temporada!***

*Como bien adelanté semanas atrás, Lady Anne Thomson y el duque*

*Samuel Wellington, se casan para sorpresa de todos. Ciertamente, ¿quién iba a imaginar que esta unión fuese posible? Una servidora no, desde luego. Bien es sabido que hace un año la hermana mayor de la familia anuló la que iba a ser la boda que todos esperábamos, pero ¡sorpresa!, parece ser que el culebrón no terminaba ahí y todos aquellos amantes de los chismorreos estamos con los ojos como platos. Es evidente que el duque de Wellington encuentra a las jóvenes Thomson especialmente deseables y, dada la boda que está a punto de celebrarse, no parece haber rencores familiares tras lo acontecido en el pasado. Ahora bien, no podemos esperar para ver por primera vez a los dos novios juntos, ¿habrá química?, ¿se habrán enamorado a causa de un flechazo?*

*Seguiremos informándoles.*

*Daisy X.*

Dejó el periódico a un lado y se terminó el café, satisfecho.

En ese momento, una de sus criadas anunció la llegada de su amigo Daniel y él le ordenó que lo hiciese pasar. Un minuto después, este lo miraba dubitativo desde el otro lado de la mesa, como si no supiese demasiado bien qué pensar sobre lo que estaba a punto de ocurrir.

—No servirá de nada que te diga que estás cometiendo un error, ¿verdad?

—No —admitió Samuel. Nunca había estado tan seguro de algo.

—¿Ni siquiera importa que esa chica sea inocente?

—Va a casarse conmigo, tampoco es una tortura.

—Va a casarse porque quieres castigar así a su familia, teniendo a una de sus hijas en tus manos. Sabes que jamás te hubieses fijado en esa muchacha y que no te importa.

—Cierto, pero es un buen trato. Más allá de viejos rencores.

Era verdad. Ya no se trataba solo de alimentar su ego tras haberlo visto pisoteado por lo ocurrido, sino también de que era una transacción excelente. Ya era hora de que sentase cabeza y se ocupase de asuntos más importantes, como del nuevo sistema de arado de las tierras que tenía fuera de la ciudad y que debía supervisar o de otras muchas cosas que implicaban mantener un ducado. No debía perder más tiempo coqueteando con las jóvenes de la temporada, por mucho que le gustase la idea de no pasar desapercibido.

Ya lo haría más adelante. Casi todos los hombres tenían amantes.

Pero aquel no era el momento de pensarlo, sino el momento de dirigirse hacia la boda que estaba a punto de celebrarse y que, aunque él no lo supiese, cambiaría su vida para siempre.

—En fin, amigo —Daniel se puso en pie—, si estás convencido, adelante.

—Gracias por venir —contestó apoyando una mano en su hombro.

Luego, los dos hombres salieron de la mansión de Wellington y se dirigieron hacia el carruaje que los esperaba delante de la entrada. Ya dentro, Samuel respiró hondo e intentó recordar que aquello era una oportunidad excelente que se le había puesto por delante.

Cuando supo que la chica que buscaba una rana en el jardín era la mismísima Anne Thomson, no pudo creerse su suerte. Ahora, solo tenía que pasar el trance de aquel duro día y todo estaría hecho. Tres propósitos cumplidos con un sencillo *“sí, quiero”*.

La pequeña iglesia en la que había decidido celebrar la ceremonia ya estaba abierta y algunos de los invitados habían llegado. A decir verdad, tan solo habían avisado a las personas más cercanas a su entorno, un par de tías, algunos primos y amigos. Nada grande. Eso había especificado Samuel con los Thomson. Entre los dos, habían marcado los puntos más importantes de esa boda que iba a celebrarse: nada de actos inesperados, nada de grandes celebraciones más allá de la sencilla ceremonia y, después, un carruaje los llevaría directos hasta una de las bonitas propiedades que él tenía en el campo y donde pasarían los siguientes dos días. No habría viaje de luna de miel ni ningún aderezo innecesario para aquel enlace.

Por supuesto, desde aquella noche en la fiesta, él no había intentado ver a Anne Thomson. En cualquier otra situación, lo normal hubiese sido que el novio visitase a la joven alguna tarde, pero ¿a quién quería engañar? Él no tenía ningún interés y ella... bueno, ahora que lo pensaba, de ella no sabía prácticamente nada ni se había parado a pensarlo.

¿Cómo era Anne? Una joven con un aspecto físico corriente y cierta tendencia a la torpeza. Los únicos recuerdos que guardaba eran de ella tropezándose. Tropezándose con sus propios pies y a punto de caer.

Tropezándose y tirándole el té caliente encima...

—Vamos, no te quedes ahí parado —le dijo Daniel.

Samuel obedeció. Saludó a unos cuantos invitados que conocía y luego se dirigió hacia el final de la iglesia. Esperó pacientemente hasta que anunciaron que la novia había llegado. Mentiría si dijese que no estaba nervioso a pesar de considerar aquello una mera transacción. Iba a casarse. A fin de cuentas, era un enlace que marcaría la historia de su familia.

Cogió aire y la miró mientras avanzaba hacia él.

Llevaba el cabello recogido en un intrincado de trenzas que formaban un moño bajo, con algunos mechones sueltos rizándose y acariciando sus sienes. En efecto, el color de su pelo no era ni rubio ni negro, sino un castaño claro. Igual que sus ojos. Y aunque era cierto que eran corrientes, cuando ella alzó la cabeza y se encontró con los suyos sin vacilar, Samuel se dio cuenta de que eran bonitos, almendrados, rasgados en las comisuras de una manera sutil. O quizás fuese por esa mirada intensa que Anne le dirigió. No lo sabía. Lo que sí sabía era que captaron su atención y provocaron que el corazón le latiese más deprisa.

Tosió para aclararse la garganta mientras ella se plantaba delante.

Anne no dejó de mirarlo en ningún momento mientras comenzaba la ceremonia. A pesar de las circunstancias de su matrimonio, se dijo que quería memorizar cada instante del que pudiese disponer, como aquel en el que estaba frente a él. Nunca lo había visto tan guapo. Eso era lo único en lo que

podía pensar al tiempo que todo aquello sucedía a su alrededor. También le azotó la idea de que ojalá aquello fuese una boda real, una por amor en la que él hubiese ido a su casa a visitarla por las tardes y a robarle algún que otro beso a escondidas de sus padres. Una en la que la mirase como si fuese la chica más bonita del mundo y no una mera herramienta andante a través de la cual conseguir sus fines.

Pero así era la realidad. De modo que Anne aguantó estoicamente hasta el final, cuando un anillo sencillo terminó en su dedo. Y, luego, cuando salió de la iglesia entre las voces de su familia y susurros que no acertó a oír, lo hizo algo aturdida. Dejó que él la guiase hasta el carruaje que los esperaba en la puerta después de despedirse de los invitados.

Una vez se puso en marcha, se dio cuenta de que estaba hecho.

Ya está. Se había casado. Tan complicado y tan fácil como eso.

Contuvo el aliento con nerviosismo cuando él, sentado frente a ella, le rozó la rodilla con su pierna. Se miraron en silencio. Anne parecía alerta. Él, en cambio, casi divertido.

—No me mires como un corderito asustado.

—No lo hago. No me asustas —replicó ella.

—Entonces quizá deberías hacerlo. Por tu bien.

—Créeme, sé muy bien cómo son las cosas. No necesito consejos, entiendo perfectamente cómo son las cosas, pero gracias por la advertencia. Nunca está de más.

—¿Y qué es exactamente lo que entiendes?

Samuel se mostró condescendiente con ella.

Anne dudó, porque su mirada azul aún conseguía que le temblasen las rodillas de la impresión, pero se sobrepuso como pudo ignorando lo cerca que estaban y alzó el mentón con orgullo, un gesto que a él le llamó la atención y le resultó atrayente.

—Entiendo que me engañaste la noche de la fiesta y entiendo que de esa forma conseguiste al fin tu propósito a la hora de vengarte. Así que supongo que debo darte la enhorabuena.

Samuel alzó una ceja y sonrió. Le gustaba que ella fuese directa.

—Cazar ranas tiene sus consecuencias.

—Qué gracioso —resopló indignada.

A él eso le hizo sonreír de nuevo. Durante el resto del viaje, se dedicó a observarla mientras iban dejando atrás la ciudad y se adentraban en una zona más boscosa. Anne no lo miró ni una sola vez, tan solo se mantuvo en silencio con la vista fija en la cortinilla de la ventana del carruaje que se movía cuando el terreno se volvió más escarpado.

Al llegar, bajaron del carruaje. El mayordomo estaba esperándolos y se hizo cargo del equipaje de Anne. Ella lo siguió en silencio hasta dentro de la casa sin dejar de mirarlo todo a su alrededor. Se encontraba en una ubicación privilegiada, una extensión de césped con un jardín maravilloso y cuidado al detalle que terminaba donde empezaba el límite del bosquecillo que había

detrás de la propiedad. Acostumbrada a la ciudad, respirar aire fresco en aquel lugar resultó extrañamente gratificante para Anne.

Pensó que, si él la obligaba a permanecer allí en lugar de regresar a Londres, no parecía una idea tan terrible. Al fin y al cabo, tendría una vida tranquila y a ella le gustaba leer y no necesitaba grandes lujos para ser feliz. No era una de esas damas mimadas de la ciudad.

—Morgan es la ama de llaves —la presentó Samuel a la mujer de mediana edad—. Ella te acompañará hasta tu dormitorio. Aún falta una hora para cenar.

—Encantada, lady Anne. Sígame.

Sin mirar atrás, acompañó a la mujer escaleras arriba hasta su habitación. Al entrar, descubrió que la chimenea ya estaba encendida, cosa que agradeció porque, entre la llegada del otoño y que al caer la noche bajaban las temperaturas, había empezado a refrescar. En el centro, una cama con un inmenso dosel y una butaca de aspecto moderno la esperaban.

No sabía qué había imaginado Anne, pero aquella propiedad parecía muy cuidada, como si por alguna razón fuese importante para Samuel, cosa que tenía poco sentido. Sin embargo, dejó de pensar en ello cuando una doncella se presentó y la ayudó a quitarse la ropa de viaje para poder darse un baño. Agradeció el contacto del agua caliente cubriéndola cuando se sumergió del todo y cerró los ojos antes de suspirar hondo.

Estaba muy nerviosa. Anne no era tonta, sabía que la noche de bodas era



importante y, por lo que su hermana mayor le había dejado caer cuando ocurrió aquello, también era consciente de que no sería nada agradable para ella. Se había repetido sus palabras en numerosas ocasiones durante aquellas semanas, *“algunos... algunos quieren cosas inapropiadas en la cama. Puede ser doloroso para ti. Una tortura”*. Sintió un escalofrío de repente.

Tenía la sensación de que estaba caminando sobre un suelo alfombrado de clavos. No sabía qué iba a ocurrir cuando diese el siguiente paso, pero el entorno era hostil. Anne había soñado toda su vida con casarse, tener hijos y ser feliz, pero finalmente las cosas se habían torcido y nada menos que teniendo como protagonista a ese hombre que había amado en la distancia incluso a pesar de no conocerlo, porque en su fuero interno creyó ver algo especial en su mirada, en su sonrisa y en esa forma de hablar sosegada que usaba delante de los demás.

Salió de la jofaina cuando el agua se enfrió y se miró en el espejo alargado que había en un extremo de la habitación. Tenía un cuerpo normal, pero de repente le pareció terrible la idea de que él fuese a verla desnuda. Porque era así como ocurrían las cosas, ¿cierto? Por otra parte, quizás no era necesario que le quitase toda la ropa. Ella casi lo prefería así.

Anne podía entender por qué Samuel había caído rendido a los pies de su hermana un año atrás, pero igual que entendía aquello, también lo hacía a la inversa y por eso era consciente de que aquella noche iba a ser un desastre de magnitudes insondables. De hecho, lo más probable era que no volviese a

verlo. Quizás al despertar a la mañana siguiente, él ya se hubiese marchado raudo y veloz con la esperanza de haberla dejado embarazada a la primera.

—Lady Anna, la cena ya está lista —dijo una voz tras la puerta.

—Perfecto, ahora mismo bajo —contestó suspirando.

—¿Necesita que la ayude con la ropa?

—No, me vestiré yo misma.

Aquello pareció tomar por sorpresa a la doncella, que se quedó unos segundos aún tras la puerta antes de decidirse a marcharse pese a sus dudas. Normalmente, Anne aceptaba la ayuda, pero ese día quiso hacerlo sola. No sabía por qué. La cuestión es que se puso despacio uno de sus mejores vestidos sobre las medias de seda que su madre le había regalado especialmente para la ocasión y la noche de bodas. El atuendo era de un azul oscuro como la noche que resaltaba su tez pálida y con el que se sentía mucho más hermosa que con el diseño que había llevado a su propia boda, esa que apenas había disfrutado dadas las circunstancias. Después se arregló el cabello usando horquillas para los rizos rebeldes que parecían querer escapar del recogido y se miró en el espejo una última vez antes de bajar.

## 5

Samuel estaba empezando a impacientarse cuando uno de los criados anunció la llegada de su esposa. Alzó la cabeza y la contempló mientras ella avanzaba hasta la mesa frente a la que él se había sentado con la esperanza de cenar temprano y terminar con todo aquello cuanto antes. Por mal que sonase, desvirgar a jovencitas no era precisamente lo que a Samuel más le gustaba cuando se trababa de sexo. Más bien suponía un incordio. Sin embargo, ese pensamiento al que había estado dándole vueltas mientras se terminaba la primera copa de vino, se esfumó en cuanto vio a Anne envuelta en aquel vestido azul como la noche.

—Perdona la tardanza, me he entretenido.

—Ha valido la pena, créeme. —Le sonrió.

Anne se sonrojó ante el halago, sorprendida. Era la primera vez que Samuel posaba su mirada en ella sin ningún fin concreto, tan solo porque le apetecía mirarla, y se sintió bien. Intentó no cometer ninguna tontería mientras les servían la cena, un solomillo delicioso y patatas asadas con salsa de champiñones. El servicio de aquella propiedad era exquisito y muy profesional, desde luego. Al tiempo que cogía un trozo de patata, se lo comentó, porque, además, el silencio entre ellos empezaba a resultar un tanto

incómodo.

—Veo que mantienes bien cuidada esta casa. Es muy bonita.

—Me alegra que te guste. Pertenece a mi familia desde hace más de cinco generaciones. Hice una remodelación de toda la planta inferior hace poco más de un año.

—¿Planes futuros? —adivinó Anne, dejándolo mudo.

Los dos sabían que se refería a su hermana. No le fue difícil dar por hecho que Samuel había imaginado una vida idílica junto a Sophie, hasta el punto de mandar remodelar la casa de campo en la que supuso que pasarían juntos algunas temporadas vacacionales.

Él apoyó un codo en la mesa y la miró con descaro.

—Eso es. Pero, como sabes, mis planes se truncaron.

—Una lástima para todos —dijo Anne por lo bajo.

—Te noto extrañamente provocadora esta noche.

—Será por culpa del vino —se excusó rápidamente.

No era del todo cierto, aunque puede que tuviese algo que ver. Se debía principalmente a los nervios que la sacudían. Cuando estaba inquieta por algo, su boca parecía funcionar más rápida que su propio cerebro y decía cosas sin pensar, como aquellas indirectas sutiles que estaba disparando contra su recién estrenado marido y que, a él, en lugar de hacerle enfadar, casi parecieron causar todo lo contrario: diversión. Un sentimiento que sentía pocas veces.

Terminaron de cenar en silencio.

Aunque ella intentó ocultarlo, él percibió que le tembló la mano cuando cogió la copa de vino para dar un sorbo pequeño. La animó a beber más. Quería que estuviese relajada cuando subiesen al dormitorio, algo que hicieron poco después de terminar de cenar.

Una vez en la habitación, Anne se quedó parada en medio de la estancia. Era un lugar agradable y masculino. La cama estaba en el centro, justo delante de una chimenea grande que calentaba cada rincón y rompía el silencio con el crujir del fuego.

Anne alzó la vista hacia él y vio que empezaba a quitarse el chaleco. Quiso hacer o decir algo elocuente, pero lo cierto era que no tenía ni idea y que cada vez que recordaba las palabras de su hermana se encogía un poco sobre sí misma. No le gustaba sentir miedo, pero debía reconocer que estaba cerca de hacerlo, incluso a pesar de que el rostro inexpresivo de Samuel no daba demasiadas pistas sobre lo que estaba a punto de ocurrir.

No se movió cuando él se acercó dando pasos firmes y sonoros. Su presencia llenaba todo el dormitorio y su olor a sándalo le llegó en cuanto, sin mediar palabra, se situó a su espalda y comenzó a desabrocharle el corpiño. Anne cerró los ojos y respiró hondo.

Samuel, por el contrario, los mantuvo bien abiertos.

Aunque estaba acostumbrado a disfrutar en la cama con las mujeres, aquella situación era, curiosamente, diferente a todo lo demás. No estaba

seguro de a qué se debía. Quizás por la lengua afilada que Anne había demostrado tener durante la cena. O porque aquel vestido era el pecado hecho tela. O porque, a fin de cuentas, en aquella ocasión se trataba de su esposa, la que sería la madre de sus hijos, y no de una nueva amante que fuese a desaparecer de su vida en apenas unos meses. Probablemente por todas esas razones, a Samuel le resultó extrañamente placentero desabrochar lentamente el corpiño.

Cuando terminó de hacerlo, se inclinó y besó su nuca.

Ella se estremeció en respuesta y él se giró para quedar de frente. La sujetó por la nuca como había hecho aquella primera vez en los jardines y sus labios se fundieron otra vez en un beso salvaje y húmedo. Lo cierto era que Samuel no había vuelto a pensar demasiado en aquel beso durante las siguientes semanas, ocupado entre sus cosas y la inminente boda, pero ahora que la deliciosa boca de Anne rozaba la suya, recordó lo bien que sus labios parecían encajar, buscándose ávidamente como si nunca tuviesen suficiente.

Samuel dejó de pensar. Mientras sus manos se movían por su cintura y tironeaban de la ropa para conseguir quitársela, no pensó en quién era ella. Mientras le bajaba las enaguas, no pensó en ninguna venganza ni ninguna transacción. Y, desde luego, mientras sus manos acariciaban esas piernas suaves y perfectas, no pensó en nada relacionado con castigo alguno. Durante el tiempo que duró aquel beso, toda su atención estaba centrada en Anne.

Cuando al fin la tuvo desnuda entre sus brazos, dio un paso atrás para

contemplantela. Ella se sonrojó y se tapó el triángulo bajo su estómago con las manos.

—Déjame verte —gruñó él molesto.

De repente, no quería privarse de ello.

Anne obedeció, aunque parecía insegura. Se quedó quieta mientras él la miraba y terminaba de despojarse de los pantalones. Aunque la situación la incomodaba, no pudo evitar fijarse también en aquel cuerpo masculino que tenía delante. Había fantaseado a menudo sobre cómo sería Samuel Wellington desnudo, pero nada se acercaba a la realidad.

Era exquisito. Tenía los hombros anchos, el pecho duro y cincelado que desembocaba en una especie de uve que conducía al pecado. Anne se estremeció cuando él dio un paso con decisión hacia ella, la levantó suavemente entre sus brazos y la condujo hacia la cama donde la tumbó antes de colocarse encima. En aquel momento, sin saber por qué, quizás tan solo debido a su inexperiencia, Anne empezó a ponerse más nerviosa de lo que ya estaba con anterioridad. No sabía si tenía que ver con el hecho de que Samuel le sujetase los brazos por encima de su cabeza, con aquel cuerpo tan fuerte y grande oprimiéndola contra el colchón, con el calor que invadía cada centímetro de su piel hasta dejarla sin aliento...

Lo que sí sabía era que, en un momento dado, tembló.

—No... no me hagas daño, por favor... —susurró—. Yo no tengo la culpa de lo que ocurrió. Te prometo que no te daré problemas...

Samuel dejó de besar su cuello y la miró desde arriba.

—Es inevitable. Pero será rápido, casi ni lo notarás.

—¿Vas a castigarme así? —preguntó insegura.

—¡¿Qué?! ¿Qué tipo de persona crees que soy? —Samuel frunció el ceño sin humor. A pesar de que Anne sabía bien a qué se debía su matrimonio, no por ello a él le hacía gracia que creyese que era un monstruo sin corazón—. Va a dolerte sencillamente porque eres virgen. Les ocurre a todas las mujeres la primera vez. Y pasará en seguida.

Anne cerró la boca con fuerza para evitar decir ninguna tontería más. Al parecer, había vuelto a meter la pata, pero Samuel se limitó a sonreír y a besarle de nuevo el cuello antes de buscar sus labios entreabiertos. Algo más relajada, ella dejó de pensar en los miedos que la atormentaban y todos sus sentidos se concentraron en la boca de él, que parecía tener magia y dejar su piel ardiendo en cada punto que rozaban, y en sus manos hábiles que se movían sin descanso por su cuerpo hasta terminar colándose entre sus piernas.

—Samuel... —gimió.

Era, probablemente, una de las primeras veces que decía su nombre y a él le resultó embriagador, no supo si por el tono entregado o la mirada nublada de placer de ella.

—Relájate. Confía en mí.

Capturó sus labios antes de empezar a quitarle las horquillas del pelo y



dejar que el cabello ondulado y castaño resbalase por sus hombros con suavidad. La miró, tumbada en la cama y desnuda solo para él. Su esposa. Notó algo raro en el pecho, una especie de presión, y como quiso ignorarlo no se demoró más antes de besar su cuello y bajar hasta capturar la cima de uno de los pechos. Anne ahogó un gritito y se tensó ante la caricia por el placer inesperado que la sacudió, una especie de cosquilleo que se extendía por su columna vertebral y se apoderaba lentamente de cada centímetro de su cuerpo, conforme las caricias de la boca de Samuel se volvían más intensas y sus manos bajaban despacio hasta dejar atrás su estómago.

—Abre las piernas, Anne —le ordenó en un susurro peligroso.

Ella obedeció, aunque estaba temblando. Dejó que los dedos de él descendiesen aún más hasta el vértice de su sexo, colándose en su interior. La sensación que la golpeó era desconocida para ella, pero no pudo evitar gemir y cerrar los ojos con fuerza.

Samuel le separó las piernas un poco más y luego se colocó entre ellas. Le apartó el cabello de la cara y contempló su rostro mientras se hundía poco a poco en su interior. Mientras lo hacía, pensó que era bonita. Y era suya, completamente suya. Aquel sentimiento de posesión resultaba nuevo y desconcertante para él, casi algo instintivo. Pero también resultaba confortable, como si estuviese delante de algo que no era perecedero.

—Será rápido —le dijo al oído cuando escuchó el leve quejido que escapó de sus labios entreabiertos. Después, con un único movimiento, se deslizó

dentro de ella y permaneció quieto mientras Anne le clavaba las uñas en la espalda desnuda.

Luego empezó a moverse despacio con la esperanza de que ella pudiese acostumbrarse a la intromisión, cosa que ocurrió en cuanto la escuchó gemir y no de dolor, sino de placer. La embistió más fuerte. Dejó de lamerle el cuello y buscó su boca húmeda al tiempo que se hundía en ella con más fuerza, casi con desesperación. No supo qué demonios se apoderó de él, pero verla jadear con los ojos cerrados, la frente perlada de sudor y sus pechos agitándose al compás de sus movimientos, lo calentó por dentro. Y no fue un calor paulatino, sino una sensación brusca e intensa, como si alguien hubiese encendido una cerilla en su interior que ni siquiera sabía que existía. Sus embestidas se volvieron más bruscas y sujetó con fuerza sus caderas femeninas mientras el placer lo sacudía y se dejaba ir con un gruñido.

El silencio se filtró en la habitación de repente.

—Por todos los demonios... —masculló Samuel.

Lo único que le apetecía era quedarse allí sin moverse, sobre el cuerpo de Anne, relajado y viendo pasar los minutos mientras escuchaba el latir de aquel corazón pequeño bajo su oído, pero se obligó a apartarse a un lado hasta quedar tumbado de espaldas mirando el cabecero de la cama. Cerró los ojos. El corazón aún le latía con fuerza. No estaba seguro de qué había sentido al estar dentro de ella, pero sí sabía que había sido intenso y arrollador.

Giró la cabeza y la miró al tiempo que aún respiraba de forma entrecortada. Anne tenía las mejillas sonrojadas, los labios enrojecidos por culpa de sus besos y los ojos cerrados.

Deseó volver a hacerle el amor, pero se contuvo. En parte, porque sabía que estaría dolorida tras su primera vez, pero, sobre todo, porque no le gustó esa necesidad que lo embargó y quiso poner distancia entre ellos de inmediato, de manera que se levantó y empezó a vestirse sin mirarla, recogiendo su ropa del suelo de la habitación.

Después, sin molestarse en despedirse y con un nudo en la garganta, Samuel salió de la estancia y se dirigió a paso rápido hasta su despacho. Una vez dentro, se sirvió una copa de coñac y fijó la vista en la ventana preguntándose qué había ocurrido minutos atrás.

## 6

Anne se quedó consternada cuando lo observó mientras él terminaba de vestirse antes de desaparecer por la puerta como si nada hubiese ocurrido. Una parte ingenua de ella pensó que, quizás, regresaría tras asearse o ir a buscar algo a otra habitación, pero eso nunca ocurrió. Los minutos pasaron y se convirtieron en horas. Samuel no volvió.

Por segunda vez en apenas un mes, Anne se sentía engañada, aunque era evidente que en esa ocasión no era por culpa de él, como el día que la besó en el jardín, sino de sí misma. Al principio, cuando había estado asustada antes de consumar su matrimonio en la noche de bodas, había creído ver en los ojos de Samuel un atisbo de ternura y preocupación. Y, después, tras el leve dolor inicial al que le siguió una oleada de placer, había sentido que, de algún modo incomprendible, ellos conectaban en medio de aquel vaivén de jadeos y movimientos. Sentirlo dentro de ella había sido intenso y arrollador. No supo por qué, pero en aquel momento creyó que a él le había ocurrido lo mismo y, desde luego, había vuelto a equivocarse otra vez. Era como tropezar constantemente con la misma piedra.

Así que se quedó a solas con todo su dolor. No pudo pegar ojo en toda la noche a pesar de lo cómoda que era la cama y de que la habitación se

mantenía caliente gracias a las brasas de la chimenea. Se sentía desdichada, atada a un hombre al que no podía evitar desear, pero que sabía que nunca la correspondería a ella de la misma manera.

De modo que antes de que amaneciese, ya estaba en pie. Ignoró el cansancio y bajó el comedor a desayunar. Tal como imaginaba, su recién estrenado marido estaba aún descansando, así que se comió a solas los huevos revueltos, las tostadas de mantequilla y un trozo de queso que la doncella le dio a probar.

—Me gustaría salir a dar un paseo —comentó.

—Si se espera, buscaré a alguien para que la acompañe.

—Oh, no será necesario —replicó Anne—. Puedo ir sola.

—Pero, señora... —La chica parecía nerviosa—. Podría ocurrirle algo, torcerse un tobillo o perderse si se adentra más allá del bosque, por ejemplo. Es una zona escarpada.

—No te preocupes, sé cuidar de mí misma.

Anne le sonrió para tranquilizarla y luego se dirigió a su habitación. Terminó eligiendo un vestido sencillo y cómodo y un sombrero para protegerse del sol que en breve calentaría con más fuerza. Sin mirar atrás, se alejó de la inmensa propiedad y recorrió los jardines. Tal como había pensado el día anterior al llegar, la casa estaba muy cuidada; los rosales tenían flores inmensas, las enredaderas crecían con fuerza trepando por las paredes de atrás y los setos estaban bien recortados. Anne sonrió. Le encantaban los

jardines bonitos por los que pasear. Toda su vida se había interesado por la botánica, igual que su hermana mayor, y pensaba que no había nada más gratificante que ver florecer. Era casi como la vida misma, el crecimiento.

Cuando dejó atrás el jardín y llegó al límite del bosque, suspiró hondo. Al final, decidió adentrarse por su cuenta. En efecto, era un lugar frondoso, lleno de árboles cuyas raíces recorrían el suelo recubierto de hojas y musgo. Estuvo un buen rato paseando y, cuando vio un arroyo, decidió sentarse en la orilla y descalzarse para meter los pies en el agua helada.

Allí no se oía nada. Todo era paz y tranquilidad. Sonrió al pensar que, pese a la situación, tal como ya había decidido el día anterior, vivir en el campo no sería tan terrible.

Samuel estaba empezando a ponerse nervioso.

Se había levantado temprano, pero cuando bajó al comedor y preguntó por su esposa, una de las doncellas le informó de que hacía un rato que había terminado de desayunar y se había ido a dar un paseo. A solas. Sin nadie. Como una inconsciente.

Mientras terminaba de comerse su ración de huevos, se repitió que a él no debería importarle. ¿Qué más daba? Tendría que darle igual lo que le ocurriese. Ya volvería. Pero ¿a quién quería engañar? No podía quitárselo de la cabeza y, cuando el estómago se le cerró, se puso en pie y le ordenó al

mayordomo que buscase a dos mozos de cuadras para que fuesen a buscarla. Una vez dio el recado, se encerró en su despacho algo más tranquilo.

Al menos hasta que uno de los mozos llamó a su puerta para comunicarle que habían recorrido toda la propiedad y los jardines, pero que Anne Thomson no estaba allí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó como un idiota.

—Es posible que se haya alejado todavía más.

—¿¡Qué cabeza hueca haría algo así!?

—No lo sé, señor, lo lamento, pero...

Samuel no esperó a que terminase de hablar, se limitó a ordenarle que siguiesen buscándola y se fue él mismo a las cuadras. Montó a su caballo, que pareció alegrarse de verlo después de algunos meses de ausencia en los que había estado más tiempo de lo habitual en la ciudad. Luego cogió las riendas y se dirigió hacia el bosque que había tras la propiedad.

La preocupación empezó a formar un nudo denso en su garganta.

En un momento dado, creyó ver un bulto en el suelo y se asustó pensando que pudiese ser ella, pero tan solo era un tronco que quedaba en la sombra. Siguió avanzando, cada vez más nervioso, algo que hasta el caballo parecía notar, hasta que, por fin, llegó hasta un claro en medio de bosque por el que pasaba el arroyo y la vio.

Anne estaba tan tranquila, tumbada sobre la hierba con los pies dentro del agua, los ojos cerrados mientras el sol iluminaba su rostro. Se había quitado

el sombrero, que yacía a un lado, y el vestido que llevaba puesto marcaba las curvas de su cuerpo al estar tumbada y al no ser como los que se lucían en Londres, sino mucho más sencillo y fino.

Samuel frenó en seco y el relinche del caballo alertó de su presencia.

Ella se incorporó sobresaltada, llevándose una mano al pecho mientras él bajaba del caballo y clavaba sus ojos azules en ella de un modo intenso y afilado.

—¡Me has asustado! —protestó Anne agitada.

—¿Asustarte? —La preocupación de él había sido sustituida por el enfado—. ¿A quién se le ocurre meterse a solas en un bosque que no conoce y estar tan tranquila?

—Bueno, es evidente que a mí, claro.

Samuel entrecerró los ojos, consternado. ¿Quién era la chica que tenía delante? Parecía casi una niña, con su rostro infantil y ovalado, pero en realidad tenía carácter. Le hubiese gustado que eso le molestase, pero por desgracia lo encendió más y no solo en un mal sentido.

Se acercó hasta ella respirando hondo y la cogió del brazo.

Estaban tan cerca que sus narices casi podían rozarse.

—Que sea la última vez que te marchas sin avisar.

—¿Por avisar quieres decir pedirte permiso?

—Eso es. A partir de ahora, todo lo que hagas pasará antes por mi aprobación. ¿Lo has entendido? Y tenemos un jardín enorme, creo que



puedes limitarte a pasear por allí como haría cualquier otra dama que se precie y no una salvaje.

Él se dio la vuelta dispuesto a ir hacia el caballo, pero la voz airada de ella lo frenó en seco.

—Pues no estoy de acuerdo —se quejó con firmeza.

—Es que no te he pedido tu opinión —replicó él.

—Pues pienso dártela de todos modos. Los dos sabemos que este matrimonio es solo tu plan de venganza y que a ti te haría feliz que fuese desdichada. Imagino que tenías en mente dejarme en el campo y que me quedase encerrada entre esas cuatro paredes, pero ¿sabes qué? No pienso hacerlo. Me quedaré aquí, sí. Pero seré feliz, te lo puedo asegurar.

Algo relampagueó en los ojos de Samuel. Se inclinó hacia ella.

—¿Quién ha dicho que quiera que seas infeliz?

—Nadie, pero sé sumar dos más dos.

—¿Y sobre lo de quedarte aquí?

—Lo deduzco, también. No eres el primer marido que decide casarse, pero separar su vida personal y mantener a su esposa al margen para seguir comportándose en la ciudad como un mujeriego empedernido y, de paso, impedir que ésta pueda ser un incordio.

Samuel ladeó la cabeza sin dejar de mirarla. Debía reconocerle que tenía agallas. Sus ojos se volvían más bonitos cuando brillaban con esa fuerza inusual y lo desafiaban.

Debería haberle desagradado, pero le gustó. Suspiró hondo.

—Vendrás conmigo a la ciudad —sentenció sin dar detalles.

—¿En serio? —Anne lo miró sorprendida—. De acuerdo...

—En cuanto a mis órdenes, las cumplirás sin rechistar.

—Lo lamento, pero eso no puedo asegurártelo.

—Anne... —Le gustó cómo dijo su nombre.

—¿Y si me pides que me tire de un puente? No podría obedecer. Sería como elegir entre la promesa que te hice o mi propia vida y anulando la segunda anularía la primera.

Anne dio un paso adelante mientras hablaba sin cesar ante un absorto Samuel y se tropezó con la raíz de un viejo árbol. Él alargó el brazo para sujetarla, pero no llegó a tiempo y ella cayó al suelo, raspándose la palma derecha de la mano.

—¿Te has hecho daño? —Samuel se agachó a su lado.

—No, no es nada. Solo una rozadura —contestó y él sonrió porque pensó que, cualquier otra de las damas que conocía, ya estaría llorando por un raspón de nada—. ¿Qué te hace tanta gracia? —Ella lo miró ceñuda y sin humor, algo que solo lo divirtió más.

—Nada. Déjame ver la herida. —Extendió los dedos de Anne para echarle un vistazo a la palma de la mano y ella se estremeció en respuesta al sentir la delicadeza de sus gestos y su mirada azul fija en la herida, evaluándola. Sintió lo mismo que la pasada noche: que toda la atención de Samuel estaba

puesta en ella, algo que había anhelado tiempo atrás.

—Estoy bien —repitió—. Voy a levantarme.

—Te ayudo. —Tiró de su otra mano para ponerla en pie. Después se miraron fijamente, muy cerca el uno del otro, y él arrugó la nariz—. Estás hecha un desastre.

—Vaya, gracias —replicó Anne con ironía.

—Tienes hierba en el pelo. Y el vestido sucio.

—Lo sé, no pensé que fuese a importarte —atacó.

—¿Alguna otra teoría loca tuya? —la retó entonces.

—Sí, la teoría de que nunca te habías molestado en mirarme más de un minuto seguido, así que pensé que, ciertamente, daría igual tanto si me rebozaba en barro como los cerdos.

Muy a su pesar, a Samuel se le escapó una carcajada mientras ella se ponía los zapatos antes de echar a andar por el camino polvoriento. La miró bajo la luz del sol que se filtraba entre las copas de los árboles y el deseo le nubló la razón durante unos segundos. Pensó que podría desnudarla allí mismo y hacerle el amor sobre prado. Luego sacudió la cabeza, consternado, porque un duque no debería pensar en tonterías así. Era su esposa, podía disponer de ella cuando quisiera y, no solo eso, también de otras muchas mujeres con independencia de que se hubiese casado. No necesitaba comportarse como un salvaje para satisfacer sus necesidades. Había sido educado para ser un hombre honorable, uno que seguía las normas.

—¿A dónde crees que vas? —La llamó.

—A casa, ¿dónde si no? —terció ella.

—Vamos, sube en el caballo.

Antes de que ella pudiese protestar, pasó por su lado, la cogió en brazos y la subió en el animal. No pesaba nada. Anne era menuda y no tenía un cuerpo voluptuoso en ningún sentido. Después, él mismo montó en el caballo y cogió las riendas, rodeándole así la cintura a ella que iba delante sentada de lado. Mientras avanzaban entre los árboles, Anne se relajó y, en un momento dado, se permitió apoyar la cabeza en el pecho de Samuel.

Se estremeció al escuchar el corazón de él latiendo con fuerza.

Le pareció que el paseo duró menos que un pestañeo, aunque le hubiese gustado que se alargase mucho más. Cuando quiso darse cuenta, ya estaban delante de la inmensa propiedad y Samuel parecía volver a ser el mismo tipo frío y serio de siempre.

Al despedirse de ella en las cuadras, ni siquiera la miró.

Anne entró en la casa, cogió un par de libros de la biblioteca que había en la planta superior y decidió que se quedaría en su habitación leyendo hasta la noche, de modo que pidió que le subiesen la comida cuando estuviese lista y se encerró entre las páginas de una novela.

Samuel aguantó estoicamente durante la hora de la comida. Cuando la doncella le informó de que Anne había pedido que le subiesen la comida, se limitó a encogerse de hombros y se dijo que mucho mejor así, porque podría disfrutar a solas de aquel momento sin molestarse en tener otra absurda conversación con ella. Durante el resto de la tarde, vagó por la casa sin mucho ánimo y se encargó de ciertos asuntos importantes que debía atender, encerrándose en su despacho. Sin embargo, al llegar la noche y bajar para cenar, no recibió con la misma alegría del mediodía las noticias que le dio la doncella, que parecía apurada.

—Ha pedido que le suban también la cena.

—¿Qué es eso tan interesante que hay en su habitación?

—No lo sé, señor. Por lo poco que he visto, estaba leyendo.

—¿Y no puede parar de leer para bajar a cenar? —protestó.

—No sé qué decirle... —Lo miró asustada, retorciéndose las manos.

—Sí, mejor no diga nada, ya me encargó yo de esto —gruñó levantándose.

Dejó atrás el comedor. Puede que fuese porque estaba tremendamente aburrido, porque en realidad su presencia lo divertía y lo sacaba de su rutina, o porque no le gustaba la idea de cenar a solas (nunca le había gustado), pero

Samuel terminó aporreando la puerta del dormitorio de Anne con el puño y llamándola sin mucha educación ni delicadeza

—¿Anne? ¿Me estás oyendo? Te ordeno que bajes a cenar.

—¡Ahora no puedo! —replicó su voz a través de la puerta.

—Voy a entrar —anunció Samuel sin pensárselo más.

No sabía qué le pasaba cuando se trataba de ella, pero tiraba por tierra todos sus modales, esos que durante años le habían inculcado. Era como si en lo referente a Anne no tuviese ni un ápice de paciencia. Así que, sin pensárselo más, abrió la puerta y se plantó en medio del dormitorio, justo donde estaba la bañera redonda en la que ella se daba un baño de agua caliente. Samuel respiró con brusquedad. Anne se cubrió los pechos con las manos.

—Te dije que estaba ocupada —protestó ella indignada.

—Lo siento... no sabía... —Sacudió la cabeza y luego su mirada se encendió mientras sus ojos vagaban ávidos por las piernas encogidas de ella dentro del recipiente.

—Quizás deberías irte —apuntó Anne nerviosa.

—O podría quedarme... —replicó él con una sonrisa perversa justo antes de inclinarse hacia ella y sujetarla de las mejillas para besarla. Anne gimió en su boca, sorprendida por la intromisión y porque, dentro de aquella bañera, se sentía terriblemente expuesta.

La noche anterior todo había sido distinto, una especie de obligación clara,

la consumación de su matrimonio. Ahora era otra cosa. Era deseo, simplemente. Un deseo que empezó con ese beso y se fue transformando en algo más cuando él la cogió de las axilas para levantarla y sacarla del agua. Anne le rodeó el cuello con los brazos cuando Samuel la cargó y la llevó hasta la cama, donde la dejó antes de apartarse para contemplarla desnuda y aún mojada.

Era suya, pensó mientras la miraba absorto.

Esa chica de piel pálida y ojos desafiantes...

Disfrutó ante esa idea de posesión que nunca había experimentado. Le resultaba fascinante e incómodo al mismo tiempo. Como ella. Anne era así mismo, fascinante, como una criatura que él desconocía y que lo sorprendía a cada minuto que pasaba. Era cierto que nunca le había prestado demasiada atención y puede que por eso hubiese dejado pasar de largo ciertos detalles importantes: como lo seductora que era la curva de su labio superior, las largas pestañas negras que enmarcaban aquella mirada decidida y lo suave que su cabello era cuando él lo acariciaba entre sus dedos, como en esos momentos, mientras le quitaba las horquillas.

Se lo había recogido para no mojárselo al bañarse y Anne se alegró de haberlo hecho porque, mientras él permitía que los rizos cayesen libres, pensó que el gesto era sensual, casi íntimo. Ella estaba completamente desnuda y él completamente vestido, pero los dos tenían la mirada fija en los ojos del otro como si nada más importase excepto el deseo primitivo.

Anne permaneció en silencio hasta que él terminó y recorrió su cuerpo con sus manos grandes y masculinas, bajando por sus pechos y rozando la cima con los pulgares, descendiendo hasta llegar a sus piernas y separárselas con una sonrisa maliciosa en su rostro, justo antes de que lo inclinase hacia ella y su boca se perdiese en esa misma zona.

Ella se estremeció ante el súbito placer.

—Espera —jadeó—. Esto... está mal...

Samuel alzó la vista hacia ella, sonriendo.

—En el sexo, no hay nada que esté mal.

Y después volvió a deslizar la lengua entre los pliegues de su intimidad, provocándole un gemido sonoro que quebró el silencio de la habitación. Anne se obligó a abrir los ojos porque verlo hacer aquello entre sus piernas era demasiado tentador como parar perderselo. Al menos, quería retener la imagen en su memoria antes de que volvieran a la ciudad y Samuel pasase las noches fuera de casa haciendo eso mismo con a saber quién.

Pero cuando el placer se volvió tan intenso que empezaron a temblarle las piernas, aferró las sábanas con las manos y cerró los ojos antes de deshacerse del todo y emitir un grito suave que a él solo consiguió encenderlo más, si es que en esos momentos era posible.

Porque Samuel estaba tan duro que no recordaba haberse sentido así en toda su vida. Aún vestido y sin que ella lo hubiese rozado siquiera, su erección presionaba con fuerza contra sus pantalones y, cuando al fin se



liberó y se quitó la ropa, apenas pudo esperar un segundo antes de hundirse dentro de ella con fuerza. Sintió una satisfacción extraña al verla rendirse ante sus caricias, como si por un momento estuviese ganándole la batalla a esa pequeña salvaje con la que parecía haberse casado sin saber que supondría todo un reto.

—Más fuerte —le susurró ella al oído y él sintió que los músculos de su cuerpo cedían, dándole lo que quería, perdiendo el control de su cuerpo al escuchar la voz aterciopelada pidiéndole aquello. Y lo peor era que le encantó. Lo encendió.

La sujetó con decisión de las caderas y la embistió fuerte.

—Me voy a correr... joder... —gruñó contra su cuello.

No le dijo que, hasta entonces, solía durar el doble ni que nunca había sentido un orgasmo tan poderoso e intenso. No le dijo nada de todo aquello, porque ni siquiera él mismo quería admitirlo o analizar por qué escucharla decir una frase tan simple como “*más fuerte*” le había hecho perder el control de aquella manera. Sus amantes le habían dicho mil cosas más excitantes, perversas y subidas de tono. Sin embargo, en la voz de Anne sonó distinta, con sus bonitas piernas rodeándole a él las caderas y sus cuerpos encajados.

Él se apartó a un lado y suspiró profundamente, sin aliento.

—Ha sido... todo menos doloroso —dijo ella sonriente.

—El dolor solo ocurre la primera vez —le explicó él.

—¿Y luego siempre es así? —Alzó una ceja, graciosa.

—Siempre, si sabes hacerlo bien —bromeó Samuel.

—¿Te estás colgando una medalla? —se burló.

—Creo que me la merezco, sí. —La sujetó de la cintura cuando ella intentó rodar hacia un lado—. ¿A dónde crees que vas? No he dicho que haya terminado contigo.

—Necesito... tengo que limpiarme... —explicó con las mejillas enrojecidas y a él le hizo gracia ver que aún podía lograr ese gesto en ella, que se mostrase cohibida.

—De acuerdo. Ve. —La soltó tras darle un beso.

Tumbado en la cama, la observó mientras ella volvía a meterse en la bañera dispuesta en medio de la habitación para limpiarse con agua ya tibia. Después salió y se secó con un paño antes de regresar a la cama, a su lado. Se acurrucó sin pegarse demasiado a él, porque temía que la rechazase después de haber terminado y prefería evitarlo.

Él tenía la mirada clavada en el techo de la cama.

—Te gusta esta casa, ¿no es verdad?

Samuel se giró y la miró sorprendido en un primer momento. Sí, adoraba esa casa. Pero no sabía cómo había llegado a esa conclusión Anne, cuando no lo conocía de nada. Tan solo habían estado juntos dos días. Y la mitad de aquel último, ni se habían visto después de lo ocurrido aquella mañana en el claro del bosque. Frunció el ceño, mirándola.

—¿Por qué lo crees? —preguntó con curiosidad.

—Es evidente. Está muy cuidada, más que algunas casas de la ciudad. Y he dado por hecho que el caballo era tuyo, porque no te extrañaba. Pensé que lo montarías a menudo.

—Eres muy observadora. Sí, me gusta esta casa —admitió.

—¿Por qué? —Apoyó mejor la cabeza en la almohada.

—Pasé aquí largas temporadas cuando era pequeño.

—¿No vivías en la ciudad? —insistió, ávida de información.

—No. —Sonrió con tristeza—. ¿Recuerdas al tipo de hombre que describiste esta mañana? ¿Ese que se casa, pero sigue comportándose como un mujeriego y decide dejar a su mujer en el campo para que no se convierta en un estorbo?

—Sí —contestó sin saber a donde quería ir a parar.

—Pues justo ese tipo de hombre era mi padre.

La voz de él sonaba dura, fría como un témpano.

—Lo siento. No lo sabía. Lamento lo que dije...

—No es importante. Pero sí, la historia completa es que mi padre se casó con mi madre, la dejó embarazada y decidió que tenerla en la ciudad era un inconveniente para él, que acostumbraba a pasar los días en el club de juego, de modo que la mandó aquí a vivir. Ni siquiera cuando nació vino a visitarla. Tan solo quiso confirmar por carta que era un varón, eso era lo único que le importaba. No sé qué hubiese ocurrido si hubiese sido una niña, la verdad. La cuestión es que mi madre supongo que se hizo a este tipo de vida y nunca se

impuso ante él. Los meses pasaron y luego los años...

—¿Ni siquiera vino a conocerte? —Anne estaba consternada.

—Sí, después de que cumpliera un año, cuando se aseguró que no moriría en los primeros meses como muchos otros niños, supongo. Era un hombre práctico. Después de aquello, tan solo lo vi durante una o dos veces al año; siempre aparecía sin avisar y se quedaba muy poco tiempo, un par de días. Él odiaba la vida en el campo. Por suerte para mí, en eso no nos parecemos. De modo que hasta que acudí a un internado, viví aquí. Después, venía en verano, durante las vacaciones. Prefería esto antes que ir a la ciudad.

—No tenía ni idea. —Ni tampoco se lo hubiese imaginado, pero eso Anne se lo guardó para ella misma y no lo dijo en voz alta. Se dio cuenta entonces de lo difícil que era conocer a una persona de verdad. Ella, que había estado enamorada del duque durante más de un año y medio y había intentado memorizar cada gesto y cada palabra, entendió entonces que no sabía absolutamente nada de él y de su vida, de las cosas que realmente importaban.

—No lo sabe mucha gente, no es algo por lo que suelen preguntarme o yo intente hablar. Pero lo cierto es que cuando me asenté en la ciudad ya era adulto.

—¿Y qué ocurrió con tu madre? —preguntó bajito.

—Mi madre... —Samuel suspiró con pesar—. Enfermó. Me la llevé a la ciudad, pese a las quejas de mi padre. La tuve en mi casa durante los últimos

años de su vida y los médicos hicieron todo lo posible, pero no pudieron salvarla. Al menos, ese tiempo no estuvo sola.

—Pobrecilla —dijo contra la almohada.

—Me consuela pensar que, dentro de lo malo, aquí fue más feliz de lo que lo habría sido estando con mi padre en la ciudad. Tuvo su independencia, al menos. ¿Viste los rosales del jardín? Los plantó ella misma. Le encantaba la jardinería.

—Me hubiese gustado mucho conocerla —respondió.

—Le habrías caído bien —admitió él algo ausente.

—¿Qué ocurrió con tu padre? —le preguntó Anne.

—Murió de un ataque al corazón hace un par de años.

—Sam, lo siento mucho. Pese a que no fuese perfecto. Mis padres tampoco lo son, a veces pueden ser tremendamente superficiales, pero incluso con todo lo malo los quiero.

Él tragó saliva con fuerza y luego se levantó de inmediato anunciando que debía irse ya. Anne no entendió el cambio brusco. Un momento atrás estaban hablando como dos personas normales y ahora él parecía querer desaparecer lo más rápido posible.

Claro que ella no sabía que él se sentía descolocado.

Porque lo había llamado Sam. Había sido por eso. Por lo bien que había sonado aquel apelativo cariñoso en sus labios, con su voz, cuando el resto del mundo lo llamaba Samuel. Le gustó esa excepción a la regla, como si en la

intimidad pudiese relajarse. Y eso estaba mal.

—¿Te espero mañana para desayunar? —preguntó Anne.

—No, no me esperes. Y ten listo tu equipaje. Nos marcharemos a primera hora.

Acto seguido, salió de su dormitorio y la dejó a solas. De nuevo. Otra noche más con esa sensación incómoda que no sabía cómo ignorar, porque era densa y pesada.

## 8

Apenas hablaron durante el camino de regreso a la ciudad, pero no por ello Samuel fue menos consciente de su presencia. Al contrario. La escasa distancia dentro del carruaje no ayudaba a sobrellevar mejor esa sensación, pero tenía la esperanza de que en cuanto llegasen a Londres cada uno hiciesen vidas distintas. Ya no quería castigarla. En apenas dos días se había olvidado de todos sus planes de venganza; suficiente había sido con atarla a él. Lo único que ahora deseaba era seguir adelante con su vida y todo lo que debía hacer y, por supuesto, que Anne le diese a un heredero. Mientras tanto, lo ideal sería que ella estuviese ocupada con sus cosas, que quedase a tomar el té con sus amigas o se aficionase a la jardinería, lo que fuese. Él tenía mucho que hacer como para ocuparse de una joven ociosa.

—Enséñale su dormitorio —le pidió a la doncella en cuanto llegaron a esa pequeña mansión que él había hecho construir en cuanto heredó el ducado para no tener que vivir en la misma casa en la que su padre le había prohibido entrar durante toda su infancia.

Anne lo vio desaparecer escaleras arriba y siguió a la joven poco después, que le enseñó su habitación. Era un espacio amplio y agradable, decorado en tonos cremas; la chimenea estaba encendida porque habían avisado de su

llegada y calentaba la estancia. Se despidió de la doncella y se movió por el dormitorio sin mucho interés. Le interesaba más comprender por qué Samuel era tan contradictorio, con esos cambios de humor que ella no entendía. A veces se mostraba jovial e incluso conversador, como si estar con ella le resultase divertido, pero en otras ocasiones parecía que le faltaba tiempo para huir despavorido.

Dada la situación, terminó cambiándose de ropa y acercándose al escritorio que estaba en un rincón para escribirle una carta a su hermana. Tenía ganas de verla y de hablar con ella sobre todo lo que había ocurrido durante aquellos dos largos días.

Esa noche, cuando bajó a cenar, Samuel no estaba.

Tal como había supuesto Anne, en cuanto llegaron a la ciudad él encontró mejores cosas de las que ocuparse y ella se quedó sola en la inmensa casa. Por suerte, la cena estaba deliciosa y quiso conocer a la cocinera, con la que pasó un rato charlando antes de subir de nuevo a su dormitorio con la esperanza de que su hermana contestase a su carta al día siguiente. Como no supo qué más hacer, pasó un rato mirando por la ventana y, después, cogió el libro que se había traído de la biblioteca de la casa de campo, y empezó a leer en la cama.

En contrapunto con la calmada noche que estaba viviendo su esposa,



Samuel Wellington decidió que pasar una noche en el club era sin duda todo lo que necesitaba para volver a centrarse en las cosas importantes. No es que le hiciese especial ilusión tener que acudir al local que regentaba su, ahora, recién estrenado cuñado, Jack Gallard, ese hombre por el que Sophie Thomson había decidido anular su compromiso un año atrás.

Sin embargo, entró sin pensárselo demasiado acompañado por su amigo Daniel. Se sentaron en una mesa y decidieron jugar un par de partidas al póker mientras bebían coñac y las voces alrededor llenaban la sala llena de humo, ruido, hombres y risas.

—He oído que el duque más famoso de la ciudad por fin ha decidido sentar la cabeza y nada menos que con la hija pequeña de los Thomson —bromeó uno de los jugadores.

Samuel inspiró hondo y asintió sin humor con la cabeza.

—Así es. Apuesto el doble —dijo al ver la pequeña cantidad.

—Empiezas fuerte —comentó su amigo Daniel.

A él no le gustaba andarse con rodeos. Era o todo o nada. Prefería jugar tres partidas fuertes y luego retirarse antes que pasarse toda la noche jugando y terminando entrando en un bucle del que sabía que era difícil salir. Sus acompañantes en la mesa sonrieron. Sabían que jugar con Wellington significaba que la partida iba en serio, tanto para bien como para mal.

—Como quieras, doble pues —accedió Richard.

Ignoró a la gente que se movía a su alrededor y a las chicas con exceso de

maquillaje que pululaban por la sala intentando buscar clientes que quisiesen pasar una noche divertida en las habitaciones de arriba. Él se limitó a concentrarse en sus cartas.

—¿Vas a quedarte en la misma casa? —preguntó Peter.

—Claro, ¿por qué no? —Samuel jugó su ronda.

—Ya sabes, a las mujeres les gusta cambiarlo todo: cortinas nuevas, muebles de Italia, el color de las paredes y hasta la disposición de las habitaciones...

—Sí, lo mejor es que te la quedes para ti solo —le explicó Richard—. Ya sabes, una propiedad de soltero, ¿dónde piensas ir con tus amantes? Hazme caso, amigo, compra otra casa para ella. Y así la tendrás contenta, matas dos pájaros de un tiro.

Samuel frunció el ceño, pero no contestó. Cuando le tocó su turno, lanzó su carta después de ver que su amigo Daniel pasaba, y luego volvió a pensar en las palabras de aquellos hombres. No era idiota. Sabía que tenían razón, pero no le apetecía pensarlo siquiera.

Imaginó que estaría haciendo en esos momentos Anne y la vio en su habitación, quizás leyendo un libro o contemplando pensativa las llamas de la chimenea. Por un instante, deseó estar allí con ella, quitándole la ropa y hundiéndose en su cuerpo con fuerza. Pero en cambio estaba allí, en un club rodeado de hombres que no le caían demasiado bien, apostando dinero tontamente porque no necesitaba ni un penique más y tosiendo de vez en

cuando por culpa del humo de los puros de aquellos que fumaban a su alrededor.

Un poco ansioso, se bebió su copa de un solo trago.

—Pareces nervioso, amigo mío —se jactó Richard.

—No seas duro con él —dijo Daniel—. Acaba de volver de viaje hoy mismo, ¿no es cierto, Daniel? Ese camino vuelve a estar poco transitable después del desprendimiento que hubo...

—No es eso. —Richard sonrió burlón—. Será que ha tenido una mala experiencia.

—¿Qué intentas decir? —Samuel levantó la cabeza hacia él.

—Ya sabes, es evidente que la pequeña de los Thomson tiene un cuerpo recto como un palo de escoba, dudo que haya podido satisfacerte. Admito que de cara no está mal, pero...

Sin embargo, Richard no tuvo tiempo de decir nada más antes de que Samuel saltase por encima de la mesa y lo cogiese del cuello. Automáticamente todas las miradas de la sala se centraron en la trifulca, los gritos y las voces cesaron y fueron sustituidos por curiosidad y susurros mientras Samuel lo alzaba sujetándolo de la camisa y lo empotraba contra la pared del club. Escuchó que su amigo Daniel intentaba tranquilizarlo, pero apenas lo oía.

—Que sea la última vez... —comenzó a decir entre dientes.

—Lo siento, no pensé que te enfadarías —balbuceó Richard con la cara

cada vez más enrojecida—. Todo el mundo da por hecho que te casaste con ella como venganza...

—No vuelvas a pronunciar el nombre de mi esposa.

Lo soltó de golpe cuando unos brazos tiraron de él con fuerza hacia atrás, alejándolo de su presa. Samuel se sacudió la camisa, contrariado por lo que acababa de hacer. Él, que siempre mantenía las apariencias y jamás había montado un espectáculo en público.

—Acompáñame antes de que me arruines el club...

No se dio cuenta de quién provenía esa voz hasta que ya estuvo subiendo las escaleras del lugar. Era Jack Gallard y parecía entre sorprendido y enfadado por el numerito que acababa de suceder en su sala principal, sobre todo teniendo en cuenta que Richard era uno de sus mejores clientes y un hombre poderoso, por mucho que Samuel tuviese un título notable.

Como aún estaba algo aturdido, lo siguió hasta su despacho.

Una vez allí, Jack le sirvió una copa y rodeó la mesa para sentarse. Él hizo lo mismo en el sillón que quedaba enfrente, aunque en realidad lo único que quería era largarse de allí. Le dio un trago al licor, que era fuerte, y observó directamente al hombre que le había arrebatado la vida perfecta que él había trazado un año atrás. Esperó encontrar algún atisbo de rencor y odio en su interior, pero lo cierto fue que tan solo sintió una indiferencia aplastante.

Sí, no había logrado casarse con Sophie Thomson, pero tampoco había pensado en ella ni una sola vez en meses y, cuando lo había hecho, siempre

había sido por puro resentimiento, nada parecido al deseo ni a los celos.

—¿Qué ha ocurrido ahí abajo?

—¿De verdad tengo que responder? —replicó Samuel sarcástico—. ¿Qué es esto? ¿Un club o el despacho del director de un colegio? Creo que debería irme ya.

—Siéntate —siseó Jack por lo bajo.

—Controla ese tono —lo advirtió.

—Está bien, controlaré el tono, pero tú mantendrás el culo pegado a la silla. Al fin y al cabo, recuerda que somos familia. Deberíamos, ya sabes, limar asperezas.

—No es lo que más me apetece ahora, Jack.

—¿Eres consciente de que te compartas como un cretino? Siempre has tenido fama de ser un jodido orgulloso capaz de hacer cualquier cosa para sacarle brillo al escudo de los Wellington, pero acabo de darme cuenta de que no solo eres orgulloso, también estúpido.

—¿Quieres acabar igual que Richard? —lo amenazó.

—Cálmate. —Jack le sirvió otra copa—. Solo pretendía charlar un rato y alejarte del espectáculo que tú mismo habías montado, así que, en todo caso, deberías darme las gracias.

—Puedes quedarte sentado esperando que eso ocurra.

—Ya me imaginaba. ¿Vas a contarme qué ha ocurrido?

Samuel se sintió incómodo de inmediato e hizo tiempo dándole otro sorbo

a la tercera copa de la noche. Miró desafiante al tipo que tenía delante, ese que era conocido como un diablo de la ciudad y que ahora se había convertido en su cuñado. Jodida ironía.

—Estaba intentando robarme, eso es todo —contestó.

Jack entrecerró los ojos y apoyó las manos en la mesa.

—¿Estás seguro? ¿No ha pasado nada más?

—No, y ahora si me disculpas...

—He oído parte de la trifulca.

Samuel se paró en seco y puso los ojos en blanco antes de soltar los reposabrazos del sillón al decidir mantenerse sentado. No estaba de humor para andarse con rodeos.

—¿Entonces para qué preguntas?

—Quería oír de tu boca la verdad —admitió—. Quizás así podría entender por qué te importa tanto proteger el honor de Anne teniendo en cuenta vuestra situación.

—¿Nuestra situación? —Lo miró con desdén.

—Ya sabes, ella fue la cabeza de turco.

—Yo no lo diría exactamente así. Sinceramente, creo que todos estaremos de acuerdo en admitir que Anne ha salido ganando a pesar de todo. Es duquesa. Tendrá una vida acomodada sin una sola preocupación a la vista y se ha casado conmigo, no con un jodido diablo sin apellido. Y no olvidemos que sus hijos lo heredarán todo.

Un brillo peligroso surgió en los ojos de Jack. Pero no fue enfado, tan solo curiosidad. Se inclinó hacia delante en la mesa sin apartar la mirada de la de Samuel.

—¿De verdad piensas que Anne no ha perdido nada? La utilizaste. Y te recuerdo que solo es una niña, no una viuda que ya tuviese experiencia. Podría haber tenido un cortejo normal, haber asistido a bailes, cosa que nunca hizo, o haber terminado en un matrimonio por amor. Así que no te engañes a ti mismo pensando que le has hecho un favor.

Samuel se lamió los labios, indeciso. Ni siquiera sabía si Anne había disfrutado de una temporada o no. En realidad, apenas sabía nada sobre ella, más allá de que le gustaba su mirada desafiante, su cuerpo cálido y cómo pronunciaba su nombre después de hacer el amor. Pero, aparte de aquello que había descubierto esos últimos días, hasta la fecha tan solo había sido una sombra que se movía aquí y allá tirándole encima el té o tropezando.

—Eso ahora ya no importa. Hicimos un trato.

—Cierto. Pero no has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —resopló cansado y con ganas de irse.

—La de por qué te ha molestado tanto lo que Richard ha dicho de ella. Conociéndote, cualquiera diría que tú podrías opinar exactamente lo mismo. Podrías haberte reído. Podrías haberle seguido la broma y seguir jugando esa partida sin más contratiempos.

—Es mi esposa. Lleva mi apellido. Nadie puede meterse con eso.

Y sin más, se puso en pie y se terminó de un trago lo que quedaba de copa. Había mentido y Jack pareció darse cuenta, pero, llegados a ese punto, le daba igual. No era cierto que se hubiese enfadado con Richard por manchar su apellido, ni siquiera había pensado en ello mientras saltaba por encima de la mesa y lo cogía del cuello, en realidad le había molestado que dijese aquello de Anne, tan sencillo y simple como eso mismo.

Se marchó del club sin despedirse de nadie.

Cuando su carruaje lo dejó en casa, subió las escaleras. Aún se sentía agitado y algo alterado tras lo ocurrido, porque no estaba acostumbrado a tener percances. Se paró en seco al ver que la puerta de la habitación de Anne estaba medio abierta e, indeciso sobre si entrar o no, se acercó para mirar por el hueco. Deseaba hacerlo, entrar, desnudarla y dejar de pensar en nada más, pero sabía que estaba perdiendo el control de la situación. Así que se limitó a asomar la cabeza por la puerta y vio que se había quedado dormida en la cama, con un libro abierto sobre el estómago y la vela encendida.

Pensó en irse y avisar a una doncella, pero terminó entrando en la estancia. La observó con atención, pensando que era la primera vez que podía hacerlo sin que ella se diese cuenta. La curva de su labio superior seguía pareciéndole deliciosa. Tenía las mejillas sonrosadas por el sol que le había dado esos dos días en el campo y el cabello recogido en una trenza que caía sobre su hombro derecho. Samuel sintió el tonto impulso de alargar un brazo para acariciarla, pero apartó esa idea y se limitó a coger el libro y a dejarlo sobre



la mesilla de noche antes de apagar la vela con un soplo y salir de la habitación de Anne.

## 9

—¿Te ha hecho daño? —Eso fue lo primero que su hermana Sophie le preguntó a Anne en cuanto ésta entró en la casa que compartía con Jack después de acordar mediante cartas que iría a visitarla esa misma mañana—. Déjame ver. Tienes buen aspecto...

—No me ha hecho nada. Vamos, pasemos al salón.

—De acuerdo. —Sophie suspiró poco convencida.

Una vez en la cálida estancia, Anne se sentó en un sofá frente a ella y esperaron mientras la doncella les servía el té y les preguntaba si querían tomar unas pastas de acompañamiento. Anne, que casi siempre tenía un hambre voraz, asintió complacida.

—Empieza a contármelo todo desde el principio.

—No hay mucho que decir... —admitió Anne.

—Has pasado varios días con él. Quiero detalles. Te juro que si te ha hecho algo malo me vengaré con mis propias manos. No sé cómo, pero ya se me ocurrirá algo.

—No ha ocurrido nada de todo eso. Después de la boda, pusimos rumbo a la casa de campo de su familia. Es un sitio agradable, muy bien cuidado.

—Y la noche de bodas... —comenzó Sophie con tiento.

—¡No me hagas hablar de eso! —Anne se sonrojó.

—¿Fue terrible? —gimió su hermana mayor.

—¡No! Fue... fue intenso.

Sophie pareció sorprendida.

—¿Intenso? ¿Fue bueno, entonces?

—¿No debería haberlo sido? Dijiste que dolería y era cierto, pero solo fue un momento de nada y después no volví a sentirlo, así que apenas le di importancia.

—Sí, claro que debería haber sido así. —Sophie se llevó tras la oreja un rizo que había escapado de su recogido—. Tan solo pensaba... creí que quizás él... ya sabes, los hombres pueden ser muy brutos y poco considerados. Pero me alegra saber que Samuel no lo fue.

—Puedes estar tranquila. Fue bien. Y la segunda noche, aún mejor.

—Ya veo... —Sophie bebió un sorbo de té sin dejar de mirar a su hermana, intentando descifrar qué estaba ocurriendo. Suspiró, sonrió y cogió una galleta.

—¿Qué te ocurre, Sophie?

—Nada. Es solo... pensaba que te había condenado a una vida terrible.

—Dejó la galleta que aún no había mordido y se llevó los dedos a los ojos para contener las lágrimas que luchaban por salir—. Me he sentido tan culpable y tan mal estos últimos días...

—Oh, Sophie. —Se levantó y fue junto a ella.

—Soy tu hermana mayor, se supone que debo cuidar de ti.

—Pero ya no soy una niña —replicó Anne—. Y Samuel no es tan terrible como quiere aparentar ser. Quiero decir, sí, sé que nunca me amará como Jack lo hace contigo y también sé las reglas de nuestro matrimonio, pero puedo vivir con ello y nunca ha intentado hacerme daño. Es un hombre orgulloso y algo terco, pero creo que sabré manejarlo.

—Eso espero. Me encantaría invitaros a cenar este fin de semana.

—No sé, Sophie... —Anne tragó saliva con nerviosismo, pero, ante las súplicas insistentes de su hermana, que quería limar asperezas con el duque cuanto antes para estrechar lazos familiares después de todo, terminó cediendo—. Está bien, veré qué puedo hacer.

Samuel la miró con el ceño fruncido.

—¿Cenar con tu hermana y Jack?

—Sí, nos han invitado —repitió ella.

—¿Y por qué íbamos a querer ir?

—No lo sé, quizás porque es mi familia y estamos casados. A los ojos de los demás, somos una pareja viviendo en la ciudad. Lo raro sería más bien lo contrario, no dar muestras de vida social cuando acabamos de casarnos —explicó Anne resuelta.

Él la miró durante un buen rato antes de ceder y sentir con la cabeza sin

murmurar nada más. Se marchó a su despacho y se dedicó a los asuntos que tenía pendientes hasta que llegase la hora de arreglarse para irse a cenar, porque, aunque él no lo sabía, Anne había esperado a preguntárselo hasta el último día con la esperanza de que, en realidad, dijese que no.

Pero, para su sorpresa, había accedido. Claro que, en teoría, su razonamiento había sido bastante lógico, aunque ella imaginó que contestaría algo así como que ellos no tenían por qué fingir ser un matrimonio más de cara a los demás y mucho menos tratándose de su hermana. Su hermana. Repitió esa palabra. Y sintió un agujero en el pecho.

A pesar de todo, se guardó sus preocupaciones y esa tarde le pidió a su doncella que le preparase un baño de agua caliente. Se aseó, se lavó el pelo y se puso su vestido más bonito. Era deslumbrante. Su madre se lo había regalado tras acordar su compromiso con el duque. Le había dicho, precisamente, que era un vestido digno de una duquesa. Era de un rojo fuerte, casi granate. En teoría, debería haberlo estrenado alguna noche para acudir a una fiesta especial a la que los hubiesen invitado, pero decidió que lo usaría ese día. Solo ella sabía las razones y ni siquiera quería admitírselas ante sí misma. De modo que al mirarse en el espejo intentó ignorar que tenía los ojos un poco húmedos y se esforzó por respirar hondo y fingir que aquella era una noche magnífica antes de salir del dormitorio.

Samuel estaba esperando en el salón con impaciencia.

Al oír el ruido de las pisadas, alzó la vista hacia la escalera de caracol por

la que descendía su esposa enfundada en un vestido color rojo sangre que destacaba su piel pálida y su cabello castaño claro. Se le secó la boca al verla. Estaba... imponente. Esa era la palabra. Lejos de la chica de rostro aniñado, parecía una mujer poderosa y de mirada decidida.

—Estás... —La miró de los pies a la cabeza de nuevo—. Estás...

—No hace falta que te inventes un cumplido —lo cortó Anne.

—No iba a inventar nada. Estás preciosa. —Tenía la voz ronca.

—Gracias. —Anne intentó no sonrojarse y pasó por su lado.

Samuel la siguió sin poder dejar de mirar el movimiento de sus caderas y la estrecha cintura dentro de aquel vestido apretado que le quedaba como un guante. Subió tras ella en el carruaje y se sentó a su lado en lugar de ocupar el asiento de enfrente. Anne se tensó cuando él deslizó el dorso de la mano por su mejilla y la acarició con delicadeza, como si fuese valiosa.

—Cualquiera que te mirase hoy sabría que eres la duquesa de Wellington.

—Me lo tomaré como un halago —contestó ella en un murmullo.

—Es que lo es. Me gusta este vestido. Me gusta cómo te sientan los colores fuertes. Ve a la modista la próxima semana y encarga todos los que quieras. ¿Desde cuándo a una mujer como tú que tiene carta blanca no le gusta comprarse joyas y ropa? Por lo que me han comentado, no has tocado la caja fuerte que hay en tu dormitorio.

Anne alzó la barbilla para mirarlo. Estaban tan cerca que sus bocas casi se rozaban, pero los separaban unos centímetros. No apartó la vista de él antes

de hablar.

—No necesito ropa ni joyas, pero gracias.

—¿Y qué necesitas, si puede saberse?

“*Que me quieras*”, pensó Anne, pero, por supuesto, no lo dijo en voz alta. Se limitó a tragar saliva con fuerza para intentar deshacer el nudo que la ahogaba ante su proximidad. ¿A quién quería engañar? Seguía enamorada de él pese a que a menudo se comportase como un patán testarudo y orgulloso incapaz de ver nada más allá de lo que tenía delante de sus narices.

Aunque puede que aquella noche fuese determinante para abrirle los ojos.

—No necesito nada, Sam. Estoy bien.

Él inspiró hondo al oírla llamarlo así por segunda vez y se estremeció, pero sacudió la cabeza quitándole importancia antes de volver a fijar la mirada en la ventanilla. No la entendía. Pensaba que sabía qué querían las mujeres hasta que conoció a Anne, claro.

Cuando llegaron al hogar del ahora matrimonio Gallard, él la ayudó a bajar del carruaje y caminó junto a ella hasta la puerta de la entrada. El mayordomo los recibió y los hizo pasar hasta el comedor, donde ya estaba preparada y dispuesta la mesa principal.

La velada empezó siendo extrañamente tensa.

En el aire se respiraba un ambiente enrarecido, con Sophie intentando hacer de anfitriona lo mejor posible, Samuel ignorando sus esfuerzos, Jack mirando a este último con cierta curiosidad y recelo y Anne deseando que

todo llegase a su fin porque temía echarse a llorar entre el primer plato de pavo glaseado y el segundo de patatas con salsa de miel.

—No tienes buena cara, Anne —le dijo su hermana.

Sentado junto a ella, Samuel la observó de reojo.

—Estoy genial —mintió antes de masticar.

—Ese vestido te sienta increíble —siguió Sophie, que parecía querer llenar todos los silencios incómodos con cualquier comentario—. Estás muy guapa esta noche.

Lejos de aceptar el halago, Anne se encogió más sobre sí misma, pero, casualmente, solo Samuel pareció percibir ese detalle mientras los demás continuaban comiendo.

—Y, dime, Jack, ¿cómo es regentar un club? ¿Cansado? —dijo con cierta sorna.

—No lo sé, dímelo tú. Quizás lo sepas mejor que yo, con el tiempo que pasas allí.

Anne bajó la cabeza a su plato mientras los hombres seguían lanzándose pequeñas pullas entre ellos, a cada cual más desconcertante, como cuando Jack dijo algo así como “no hay mayor bajeza que un hombre incapaz de reconocer y afrontar sus propios sentimientos”. Desde luego, ella pensó que habría perdido la cabeza, porque, para empezar, todo apuntaba a que Samuel no poseía sentimiento alguno sobre nada. No era un mal hombre ni un ogro, de hecho, la trataba mejor de lo esperado, pero sí era frío y cauto.



—Deberíamos pedir el postre —dijo Sophie con una sonrisa tensa.

—¿De verdad es necesario? —Samuel alzó la vista hacia ella.

Cuando los dos se miraron, Anne contuvo el aliento e hizo un esfuerzo inmenso para no levantarse y marcharse de allí. Pero se contuvo. Inspiró hondo y aguantó estoicamente mientras se comían la mousse de limón y Sophie hablaba de todo lo que tenía que hacer durante la semana al tiempo que los demás escuchaban su conversación.

Media hora después, tras cruzar el umbral de la puerta para regresar al carruaje y marcharse, una sensación de tristeza se enroscaba en el estómago de Anne. Dentro del carruaje, ignoró los intentos de Samuel por hablar con ella de temas poco trascendentales, como el tiempo atmosférico o si quería que plantasen rosas en el jardín trasero de casa.

Porque ella solo podía pensar en esa sensación incómoda que no dejaba espacio para nada más. Eso y la melancolía, la pena al darse de bruces de nuevo con la realidad. Si al salir de casa se había sentido bonita con aquel vestido rojo brillante, al regresar se sentía la chica menos agraciada de la ciudad, una que había jugado a disfrazarse para intentar engañarse.

Por eso mismo, en cuanto puso un pie dentro, se despidió de Samuel dándole las buenas noches y anunciándole que estaba cansada y pensaba acostarse ya. Eso hizo. Pero no contó con que, un minuto después de entrar en su dormitorio, él abriría la puerta sin llamar.

—¿Qué haces aquí? —Ella se estaba quitando la gargantilla.

—Quiero saber qué es lo que te pasa, Anne.

Samuel se acercó hacia ella peligrosamente.

—¿Por qué iba a ocurrirme nada? —replicó.

—Porque lo sé, lo he notado cuando estábamos en casa de tu hermana. Estabas tensa. Parecía que querías desaparecer o largarte de allí y no lo entiendo. Pensaba que lo que querías era asistir a esa cena... —dejó la frase a medias, porque no quería terminar admitiendo que, básicamente, había accedido a ir tan solo por ella.

Anne se giró y apoyó las manos en su pecho cuando él intentó avanzar más con la intención de besarla. Se miraron fijamente mientras respiraban agitados.

—Me encontraba un poco indispuesta, eso es todo.

—No se te da nada bien mentir —insistió molesto.

—Déjalo ya, Sam. —Se apartó de él y se acercó a la cómoda, pero no le dio tiempo a llegar hasta el otro lado de la estancia, porque él la cogió de la muñeca y tiró de ella para pegarla a su pecho. La retuvo allí, decidido a no dejarlo pasar—. Te estás comportando como un bruto.

—Y tú como una niña malcriada y asustada.

—¿Asustada? —Lo miró desafiante.

—Sí, asustada. No te atreves a decirme qué te pasa.

—Quizá es que no quiero decírtelo —soltó entonces.

—¿Lo ves? Sabía que ocurría algo. Y, lo más probable, no sea que no

quieras decírmelo, sino que te dé miedo o no te atrevas... —Sonrió travieso—. ¿Es algo desvergonzado...?

Él deslizó una mano por su cintura de forma provocadora.

Pero Anne no reaccionó como esperaba, cerrando los ojos y suspirando ante la caricia, sino todo lo contrario: los mantuvo abiertos, fijos en él, y humedecidos.

—Suéltame, por favor —dijo con un hilo de voz.

—Anne... —Verla llorar era doloroso.

—Vete ya. Quiero acostarme cuanto antes.

—Sabes que no me iré hasta que tú me digas...

—¡Vi cómo la mirabas! Ya está. Ya sabes qué me pasa. Y ahora, márchate, por favor.

—¿Cómo miraba a quién? —Samuel parecía consternado.

—¿En serio vamos a jugar a esto? —Anne sacudió la cabeza y se limpió sin delicadeza las lágrimas que caían por sus pómulos—. Está bien. No me debes nada. Ya sabía esto desde el principio. Estás enamorado de ella y lo acepto, no te estoy reprochando nada, sencillamente ha sido incómodo fingir durante la cena que no me daba cuenta. Pero aprenderé a actuar mejor, de verdad. No volveré a montar un numerito, puedes estar tranquilo.

Samuel sintió que algo se encogía en su corazón.

La sujetó antes de que pudiese volver a escabullirse y le levantó la barbilla con los dedos para que no rehuyese su mirada. No quería dejar ningún atisbo

de dudas.

—Yo no estoy enamorado de tu hermana.

—Estás mintiendo... —ahogó un sollozo.

—Te digo la verdad. Ni lo estoy ahora ni lo estuve jamás. Tan solo me gustaba la idea perfecta de unir nuestros apellidos, un Wellington con una Thomson, dos familias con un prestigio social que se remonta a varias generaciones. Y admito que me fastidió que mis planes se truncasen, sí, pero no fue por perderla a ella.

—Sophie es muy guapa —susurró Anne.

—Sí que lo es. Pero eso no hace que te enamores de alguien.

—¿Y qué es lo que lo hace? —preguntó ella mirándolo.

—No lo sé... —contestó apenas en un murmullo. Y mintió. Porque una parte de él sí lo sabía. Lo que hacía que una persona se enamorase de otra era la capacidad insólita de querer ser mejor para el otro, hacerlo feliz incluso sin ser plenamente consciente de ello, desear dárselo todo sin preguntar primero qué necesitaba. Él no sabía por qué nunca había sentido aquello por Sophie, a pesar de toda su belleza, y por qué estaba empezando a sentirlo por Anne. Pero lo que sí sabía era que no podía permitírselo. Eso sería un gran error. Atarse emocionalmente a otra persona no entraba en sus planes, ni siquiera tratándose de su esposa.

—Pero la besaste —insistió Anne—. Ella me lo contó.

—Es verdad, la besé. Quería conquistarla. Y, dados los nefastos resultados,

es evidente que significó igual de poco para mí que para ella, ¿no crees?

—Esta noche no dejabas de mirarla...

—No dejaba de mirarte a ti, porque este vestido me está volviendo loco —admitió mientras empezaba a desabrocharle los cordones de la parte frontal—. Y disimular que solo pensaba en quitártelo y mirar a cualquier otro lado me suponía un esfuerzo.

Anne se sujetó a sus hombros, aturdida, cuando él se inclinó y la besó como si realmente llevase toda la noche deseando hacerlo. Se dejó llevar por las sensaciones de su lengua acariciando la suya y sus labios recorriendo después su cuello y cada tramo de su piel que quedaba libre de ropa conforme aquellas manos hábiles la iban despojando del vestido.

Después ella también tironeó con su ropa para lograr desnudarlo cuando antes. Sentía que la temperatura de su cuerpo había aumentado súbitamente en apenas un minuto, ardiendo con fuerza por culpa de sus besos y sus caricias. Enredó los dedos en su cabello rubio y miró fijamente aquellos ojos azules encendidos de pasión antes de que él sonriese seductor y le diese la vuelta, pegando su pecho a su espalda, piel con piel.

—Apoya las manos en la pared —le susurró al oído.

Anne obedeció. Luego sintió cómo él le separaba las piernas con destreza y la sujetaba de las caderas antes de hundirse en su interior. Ella gimió con fuerza. Nunca lo había sentido de una forma tan intensa y profunda como en aquellos momentos, mientras la embestía por detrás, respirando contra su

nuca y lamiéndole después el lóbulo de la oreja sin dejar de moverse. Cuando los dedos de él se colaron entre sus piernas y la acariciaron justo en el centro, Anne se dejó ir con un jadeo de placer y él la acompañó instantes después.

Al separarse de ella, Samuel sintió frío.

Se subió los pantalones y luego se pasó una mano por el pelo, pensativo y algo aturdido, sin saber qué hacer o decir a continuación. Era como si con tan poco Anne lograra sacudirlo y dejarlo sin ideas, casi. Perdido como si no llevase años haciendo aquello.

Parpadeó algo sorprendido cuando ella se paró de puntillas delante de él, aún desnuda, y se alzó sobre sus talones para llegar hasta su altura y darle un beso en los labios.

Puede que fuese la primera vez que ella le besaba a él.

Y lo había hecho así, como si fuese de lo más cotidiano. El corazón de Samuel latió con fuerza y eso lo asustó, la sensación cálida que se extendió con una facilidad desbordante por todo su cuerpo y que luchó por quedarse ahí, porque de repente pensó en lo reconfortante que sería despertarse cada día con uno de esos besos y embestirla cada noche contra la pared antes de irse a dormir, o compartir un baño con ella, o un paseo, o hacerla reír...

—Debería irme ya —consiguió decir entonces.

—O también podrías... quedarte a dormir...

Quizás fue por su voz temblorosa, la inseguridad o la tristeza que vio en esos ojos almendrados, pero Samuel supo antes de que terminase de

pronunciar aquella frase que no podría negarse. Asintió despacio, a pesar de que lo último que se sentía era seguro de la decisión que estaba tomando. Dormir con ella no era algo que se le hubiese pasado por la cabeza jamás. Curiosamente, cuando se metió en la cama y sintió el calor de aquel cuerpo femenino a su lado, le pareció que ese momento era mucho más íntimo que todos los que habían compartido hasta entonces, incluyendo los de sexo.

Anne sentía las mariposas aleteando en su estómago.

Pasados unos primeros momentos de incomodidad, terminó girándose en la cama y rodeando el torso de Samuel antes de apoyar la cabeza en su hombro como un gato perezoso que buscara un hueco cálido en el que cobijarse. Por un momento, temió que él la rechazase, pero apenas unos segundos después sintió sus manos firmes sujetándola por la cintura y pegándola más a él antes de oírlo exhalar un suspiro profundo y sonoro.

—Gracias por quedarte —le dijo.

No añadió que esa noche, por fin, se sentía menos sola, ni que tras su confesión su pequeño corazón había empezado a unir grietas que seguían abiertas después de haberlo tenido roto. Tampoco le confesó que escucharlo decir aquello sobre su hermana había sido un alivio tan grande que por fin sentía que respiraba hondo de nuevo, porque puede que Sophie fuese su mejor amiga y su persona favorita en el mundo, pero no por ello Anne sentía menos celos al pensar que Samuel pudiese seguir enamorado de ella.

Pero había sonado sincero y firme. Y luego la había mirado con esos ojos

azules como si ella fuese especial y bonita, y Anne lo había creído antes de abandonarse a él.



## 10

Los siguientes días, Anne vivió en una nube.

No quería despertar. No quería que nada cambiase porque poco a poco todo empezó a ser perfecto. Los avances eran lentos, casi a cuentagotas, pero así le resultaban más reales y palpables. No necesitaba más. Cada mañana, ella y Samuel comenzaron a coger la costumbre de desayunar juntos en la mesa del salón. Era sin duda su momento preferido del día. Comían huevos revueltos y charlaban de todo un poco antes de que alguno de los dos se levantase para empezar a hacer recados o bien Samuel se encerrase en su despacho de la última planta. Después, a lo largo de las siguientes horas, Anne visitaba a su hermana, se acercaba al centro de Londres o se encargaba de organizar la casa y de contestar las invitaciones a numerosas fiestas que llegaban cada semana; hasta la fecha, las había rechazado todas, no porque ella quisiese, sino porque Samuel no parecía con demasiadas ganas de asistir a eventos sociales.

Así pues, al caer la tarde, Anne se daba un baño, leía un libro o se reunía con las vecinas a la hora de la merienda, aunque cuando lo hacía se aburría como una ostra hablando de vestidos y derivados, de modo que intentaba hacerlo cada vez menos. También pasaba cada vez más tiempo con la

cocinera de la casa, aunque algunas de las señoras amigas de su madre pensasen que eso no era correcto o resultaba inapropiado.

Al caer la noche, Samuel cenaba con ella. Las primeras semanas, seguía marchándose a menudo al club, a veces después de hacerle el amor, incluso, y ya no lo veía hasta la mañana siguiente. Pero durante aquella última quincena, se había quedado en casa casi todos los días. Subían al dormitorio, pasaban un rato juntos y luego él dormía a su lado, abrazándola.

Su corazón latía con fuerza cada vez que la besaba.

Lejos de superar lo que sentía por él desde esa primera vez que lo había visto en el salón de su casa tanto tiempo atrás, cuando Samuel aún cortejaba a su hermana mayor, Anne tenía la sensación de que cada día se enamoraba un poco más de él. En la intimidad de su habitación, era un hombre pasional y cariñoso. También era generoso; constantemente la instaba a comprarse más ropa, más joyas o cualquier cosa que le apeteciese.

Esa misma noche, mientras Anne terminaba de arreglarse para asistir al primer baile al que iban como pareja tras más de un mes casados, él apareció en su habitación.

Se acercó por detrás y le dio un beso en la mejilla.

—Date prisa o llegaremos tarde —le comentó.

—Es que... quiero verme bien —admitió ella.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —La miró.

—Ya sabes, todo el mundo hablará de nosotros. Y seamos sinceros, los dos

sabemos lo que ocurrirá. Ellas me mirarán con envidia sin entender por qué no las elegiste en mi lugar y ellos te mirarán con pena mientras se preguntarán por qué te casaste conmigo.

—Y mientras yo pensaré en cómo quitarte ese vestido en alguna habitación.

Anne le dio un manotazo en el hombro e intentó no echarse a reír, porque de verdad que la situación le preocupaba. Sabía que iba a sentir muchos ojos sobre ella esa noche y, a pesar de todo, de las palabras y las atenciones de Samuel aquellas semanas, no podía evitar seguir sintiéndose poca cosa para él, como la chiquilla que toda su vida había ido detrás del príncipe sin que éste se molestase en mirarla ni una sola vez durante todo aquel tiempo.

—Lo digo en serio —protestó—. No sé si quiero ir.

—Por supuesto que vamos a ir. Estás perfecta.

Tiró de ella con decisión y la obligó a salir de allí.

En cuanto llegaron al baile, tal como ella había previsto, todas las miradas se centraron sobre ellos mientras algunos asistentes cuchicheaban con descaro. Anne hizo un esfuerzo por mantener la cabeza alta, a pesar de que las piernas le temblaban. Él se comportó como siempre; seguro de sí mismo, caminando con orgullo y manteniéndola bien cerca. Demasiado cerca, de hecho, para las damas más conservadoras ante las que no pasó desapercibido aquel sutil gesto de posesión. Además, contra todo pronóstico, Samuel no la dejó con las demás mujeres en cuanto llegaron para ir a saludar al resto de los

caballeros, sino que decidió sacarla a bailar de inmediato y empezaron a moverse por la pista al son de la música.

—¡Perdona! Te he pisado. No tengo mucha práctica.

—Culpa mía —replicó él—. Te reclamé rápido.

—¿Qué quieres decir? —Lo miró sin entender.

—Que no pudiste disfrutar de ninguna temporada, ¿no es cierto? Jack me lo dijo. Pero ¿sabes una cosa? —Se inclinó para susurrarle al oído—. Creo que habrías conseguido que todos se volviesen locos por ti, sencillamente yo fui más listo —bromeó.

Ella se sonrojó ante el cumplido y le gustó que él hablase de su matrimonio de una manera liviana y relajada, como si ya no importasen tanto las circunstancias. En cierto modo, ella sentía que durante aquel mes que habían vivido en la ciudad, se habían acoplado el uno al otro casi a la perfección, pese a que no fuesen una unión ideal desde el comienzo.

—Jack no sabe lo que dice —comentó Anne.

—En eso debo darte la razón. —Él sonrió.

—¿De verdad lo odias tanto? Es un buen tipo. Adora a mi hermana. No, más que adorarla, él la ama. No todos los días un hombre mira así a una mujer. No puede ser tan malo.

Samuel no respondió, porque sabía que ella tenía razón.

Continuó moviéndose llevándola a ella por el centro del salón mientras la música seguía sonando y flotando a su alrededor. Por primera vez en su vida,

Anne se sintió como una princesa o una protagonista de alguna de esas novelas que leía y no como el personaje secundario que nunca terminaba de destacar ni de encajar del todo.

Esa noche sonrió con ganas, cogida del brazo de su marido, ese hombre que desde el primer día que lo vio había despertado algo especial en ella, y paseándose entre la gente parándose a hablar con viejos conocidos de vez en cuando.

Todo fue perfecto, tan sencillo como eso.

Cuando llegó el momento de marcharse, casi a media noche, Anne se sentía dichosa y le brillaban los ojos. Se sentó en el carruaje y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—¿Estás contenta? —Samuel la contempló.

—Mucho. Me lo he pasado muy bien.

—Me alegra oírlo.

No hablaron mientras recorrían las calles de la ciudad ni cuando llegaron a casa. Todavía en silencio, subieron a la habitación y ella dejó que él la desnudase con delicadeza antes de recorrer su piel con esas manos que la hacían temblar y que eran cálidas y masculinas.

Esa noche le hizo el amor despacio. Pero fue sentido e intenso.

Cuando sus cuerpos se acoplaron, Anne se aferró a sus hombros y lo abrazó. Cuando él la miró antes de terminar, ella creyó ver algo diferente en sus ojos. Y cuando acabaron y se quedaron juntos en la cama, Anne pensó

que era una señal.

Si no hubiese ido algo chispada por haber bebido durante la fiesta y porque las caricias de él segundos atrás no habían influido a la hora de frenarla, puede que hubiese mantenido la boca cerrada. Pero, por una vez estando con él, decidió dejarse llevar porque estaba cansada de callarse lo que de verdad pensaba y sentía, y porque ella no sabía ser de otra manera, como una de esas damas frías y serías que se contenían, sino todo lo contrario. Anne era ella sin filtros la mayor parte del tiempo, una chica decidida y con carácter, pero transparente.

—Recuerdo la primera vez que te vi... —comenzó a decir en voz baja mientras con una mano le acariciaba el torso desnudo dibujando espirales encima.

—¿Te refieres a esa noche en la fiesta? —preguntó él.

—No. Me refiero a esa tarde que viniste a casa a tomar el té, un año antes, cuando intentabas conquistar a mi hermana. Te vi desde las escaleras y pensé que eras el hombre más guapo que había visto en mi vida y que tus ojos eran azules como el mar.

A Samuel eso le hizo gracia y sonrió en respuesta.

—Lo siguen siendo, ¿no? —bromeó suspirando.

—Sí. Luego viniste muchos más días. La primera vez que mi madre me dejó tomar el té en el salón con vosotros, tropecé y tú me sujetaste. La segunda vez, me entró la risa tonta y a ti te pareció gracioso, aunque mamá

estuvo a punto de desheredarme. —Volvió a reír al recordar ese día—. Y luego hubo otras más. Una vez, te tiré el té encima.

—Esa la recuerdo. Estaba ardiendo.

Anne se movió un poco y apoyó la cabeza en su hombro, pero después la alzó para poder mirarlo y él bajó la vista hacia ella mientras enroscaba entre sus dedos un largo mechón de cabello castaño claro. Le gustaba repetir ese gesto, lo relajaba antes de dormir.

—Me dolió lo que hiciste aquella noche, ¿sabes?

—¿Te refieres a la fiesta? —Samuel frunció el ceño.

—Sí. Yo... es que yo...

—No fue para tanto.

—Siempre he estado enamorada de ti.

Sintió cómo el cuerpo de Samuel se tensaba de inmediato junto al de ella. Su mano dejó de acariciarle el cabello, los latidos de su corazón aumentaron y el aire entre ellos cambió.

—Anne... —Tragó saliva con fuerza.

—Por eso me dolió. No era solo que quisiese divertirme con un desconocido en los jardines de casa, es que pensé, solo durante un segundo, que quizás por fin tú te habías fijado en mí, hasta que luego me di cuenta de que en realidad todo se trataba de una venganza.

Samuel se movió a su lado y, cuando Anne quiso darse cuenta, él ya estaba en pie, anudándose los pantalones y resoplando por lo bajo. Parecía agitado,

con los hombros en tensión y los ojos azules ensombrecidos de repente. Se pasó una mano por el pelo.

—¿Estabas enamorada de mí?

—Lo siento... —susurró ella.

—¿Y no se te ha ocurrido decírmelo hasta ahora? ¿Y por qué demonios iba a gustarte...? —Se acercó a ella, que estaba sentada en la cama con las sábanas sujetas sobre su pecho desnudo, tapándose. Samuel parecía peligroso—. Dime que ya no sientes lo mismo.

Su mirada clara le pedía eso, que negase sentir algo por él, que le confirmase que había superado ese tonto enamoramiento propio de una niña, pero Anne fue incapaz de admitir aquello, porque al tenerlo cerca podías notar la electricidad que fluía entre ellos y cómo su piel reaccionaba ante la proximidad, erizándose suavemente.

Bajó la cabeza y él maldijo por lo bajo.

—Lo siento —repitió Anne de nuevo.

—Maldita sea —dijo Samuel antes de irse.

Escuchó la puerta de la habitación cerrarse de un golpe seco antes de dejar que las lágrimas saliesen libremente. Las sentía corriendo por la piel de sus mejillas y no hizo nada por limpiárselas, porque estaba paralizada pensando en lo que acababa de ocurrir.

Había sido una de las mejores noches de su vida, pero también la peor.

Todo se había torcido. Aquellas semanas de rutina en las que él se había



comportado con ella como si realmente disfrutase de su compañía, Anne se había relajado lo suficiente como para empezar a mostrarse tal y como era sin esconderle nada. Porque no pensó que algunas cosas era mejor que siguiese guardándoselas para sí misma o que a Samuel le molestaría tanto que ella sintiese algo profundo y especial por él, pese a todas sus circunstancias.

Sollozó antes de hundir el rostro en la almohada que aún olía a Samuel.

¿Por qué él despreciaba tanto la idea del amor?

# 11

Nunca había estado tan confundido. Samuel alardeaba de ser un hombre que sabía lo que quería, cuándo lo quería y cómo lo quería. Desde pequeño había sido criado para ello. Cuando cumplió la edad correspondiente y vio pasar los días dentro del internado, fue criado para convertirse en un duque, en alguien respetable, admirable y honorable.

Le inculcaron que no había nada más importante que el orgullo.

Ni en un millón de años se le pasó por la cabeza la idea de tener un matrimonio por amor. Por todos era sabido que ese tipo de uniones solían ser las más problemáticas y poco prácticas. El amor traía consigo ciertas dificultades; los celos, los sentimientos, tener que pensar en las emociones del otro, una carga más que llevar en la espalda y él ya tenía suficiente con el título que le había tocado heredar y ese apellido que defendía a capa y espada.

Por eso se había decantado por cortejar a Sophie Thomson.

Era muy guapa, con el pelo rubio y los ojos claros como él. Pensó que los hijos que tendría con ella serían igualmente bellos, con una genética que ambos compartían. Aunque resultaba una chica agradable y atractiva, supo en seguida que nunca sentiría nada por ella. Durante los ratos que pasó a su lado,

nunca sintió el impulso de hacerla suya de una manera primitiva, de marcar su posesión ni de nada similar. Cuando le llegaron algunos rumores poco creíbles sobre que a Sophie se la había relacionado con Jack Gallard, él no sintió celos en absoluto, lo único que deseó fue casarse con ella cuanto antes mientras pensaba en esos retoños perfectos que los dos podrían tener y en que era la dama adecuada para pasearla por fiestas, reuniones y otro tipo de encuentros en la capital. Por eso concertó con su padre la boda antes siquiera de hablarlo con la que iba a ser su prometida, porque le importaba bien poco.

Ahora bien. La situación actual era muy distinta para él.

La idea de que Anne tuviese una aventura con otro, le removía las entrañas. No era una cuestión de orgullo ni de honor por su apellido, era una cuestión de que quería que fuese suya y solo suya. No soportaba que nadie pensase siquiera en rozarla.

Sophie era guapa, sí, pero Anne era mucho más peligrosa para él.

Porque de una mujer como Anne podía llegar a enamorarse.

*“Si es que no lo estás ya”*, susurró una voz en su cabeza que él ignoró sacudiéndola de lado a lado antes de levantarse de su escritorio. Llevaba metido en su despacho todo el día. La noche anterior había huido del dormitorio de su mujer y no había pegado ojo recordando lo magnífica que había sido verla en la fiesta luciendo aquel vestido que se ajustaba a su cuerpo, con los ojos brillantes fijos en él mientras la hacía danzar por la pista de baile ante las atentas miradas de todo el mundo. Después le había hecho el

amor al llegar a casa, pensando que era el hombre más afortunado del mundo. Pero luego Anne le había confesado su pequeño secreto... que siempre había estado enamorada de él...

Y eso fue un golpe para Samuel que no esperaba.

Estaba completamente aterrado.

Tenía la sensación de que si no ponía tierra de por medio o alzaba un muro entre ellos, esa pequeña chica se apoderaría de su corazón, de su alma y de todo lo demás, arrasando a su paso sin piedad y convirtiéndolo en una vieja versión de sí mismo.

Misteriosamente, durante los siguientes cuatro días apenas se cruzó con Anne. Ella no fue a su encuentro y él tampoco, aunque cada hora que pasaba se sentía más nervioso e inestable. Por una parte, todas las noches tenía que hacer un esfuerzo para no irrumpir en su dormitorio, hacerle el amor y dormir con ella. Por otra, sentía que aquello era lo mejor para los dos, poner distancia, que todo se enfriase. Quizás el error había sido dejar que se acercase desde el principio, paulatinamente, pero si lo hizo fue porque pensó que no había riesgos y que ella, desde luego, no sentiría algo por él, el hombre que la había engañado para casarse y que había echado pestes durante el último año sobre su hermana y su cuñado.

Su amigo Daniel lo visitó cuando ya llevaba casi una semana sin tener contacto con Anne, más allá de que se cruzasen en el pasillo de vez en cuando o coincidiesen en una habitación durante escasos minutos, antes de

que uno de los dos saliese huyendo.

Daniel miró la mesa de su despacho con el ceño fruncido.

—¿Ahora desayunas aquí? —preguntó mirando los restos de una bandeja.

—¿Qué tiene de malo? —replicó él sin humor.

—Nada, solo me ha sorprendido.

—¿Quieres tomar una copa?

—Sabes que nunca digo que no.

Sonrió un poco por primera vez en días mientras abría el minibar y le servía a su amigo un vaso antes de volver a sentarse en el sillón de su escritorio. Se bebió el suyo de un trago.

—No tienes buen aspecto —comentó Daniel—. ¿Duermes bien?

—Como un bebé —mintió Samuel sin dar su brazo a torcer.

—¿Seguro? —Alzó una ceja con incredulidad.

—No es necesario que te preocupes por mí.

—No lo hago. Pero pensaba que los amigos se contaban las cosas y, Samuel, te conozco desde que éramos pequeños, sé cuando estás jodido. Ahora lo estás, por ejemplo. Lo que no sé es por qué, dado que no pareces dispuesto a comportarte como un adulto.

Samuel arrugó el ceño ante esa afirmación que tan poco le gustó.

—Son tonterías, Daniel —empezó, quitándole hierro al asunto—. Tengo mucho trabajo, estoy agobiado y en breve saldré de viaje para visitar las tierras del norte...

—¿Y cómo van las cosas con Anne? —preguntó su amigo.

Quiso mentirle y contestar que genial, pero se derrumbó.

—Jodidamente mal. Es un desastre.

—¿Que es eso tan terrible...?

—Está enamorada de mí.

El silencio se quedó entre ellos unos segundos y luego Daniel sonrió lentamente ante la atónita mirada de Samuel, antes de beberse la copa de un trago largo.

—Enhorabuena, supongo —le dijo.

—Más bien deberías darme el pésame.

—¿Qué tiene de malo? —replicó sin entender.

—¡Todo! Es un desastre. Yo no la quiero —mintió.

—Tampoco creo que la pobre chica vaya a darte problemas.

Samuel se quedó pensativo con la vista clavada en el ventanal de su despacho. Era consciente de que había mentido deliberadamente, e incluso de que quizás su amigo se había dado cuenta de eso, pero necesitaba convencerse a sí mismo de que era verdad, de que no la quería, aunque eso fuese imposible. ¿Cómo no iba a querer a una mujer tan divertida, natural y llena de luz? Anne era vivaz, lista y aportaba color y calor a su vida gris.

Pero no estaba preparado para asimilar todo eso.

Se puso en pie cuando vio que Samuel también lo hizo y lo acompañó hasta la puerta. Al abrir, sin embargo, su amigo casi tropezó con el cuerpo

menudo de la joven de cabello castaño y pequeña estatura que parecía estar esperando fuera del despacho.

—Ah, encantado de verte, Anne —le dijo Daniel con una sonrisa.

—Lo mismo digo, milord. —Ella se apartó para dejarlo salir.

—¡Nos vemos pronto, Samuel! —exclamó su amigo.

El silencio se notó más cuando desapareció y se quedaron a solas, mirándose. Él intentó ignorar que ella tenía los ojos un poco más brillantes, o quizás húmedos, de lo normal. La dejó que pasase e intentó no hacer caso a su corazón, que le latía con una fuerza inusual.

En lugar de sentarse, ella permaneció de pie en medio de la estancia, así que él hizo lo mismo y se quedó al lado de la ventana, apoyado ligeramente en el alfeizar.

—¿Querías verme? —le preguntó aún aturdido.

—Sí. Vine porque tenía algo que contarte.

—¿De qué se trata? —Inspiró profundamente. Se moría de ganas de romper la distancia que los separaba dando dos zancadas para besarla y tocarla por todas partes.

Anne clavó sus ojos en él con esa mirada desafiante que lo había conquistado desde el primer día, porque poseía una fuerza que hacía que el mundo casi dejase de girar.

—Estoy embarazada —dijo entonces.

—Anne, eso... eso es... —suspiró, pasándose una mano por el pelo, y

después, incapaz de aguantar más, se alzó en toda su altura y dio un paso hacia ella, dispuesto a sujetar sus mejillas entre sus manos y besarla hasta cansarse. Imaginar a su hijo creciendo en su vientre le hizo estremecerse y, por un momento, olvidó todos sus miedos y barreras.

—Espera, déjame hablar antes de que digas nada —lo interrumpió ella, que no estaba preparada para otro rechazo más—. Yo te amo, Sam. Fuiste el primer y el único hombre por el que he sentido algo así y no puedo forzar ni cambiar eso por mucho que lo intente, porque estaría engañándome a mí misma. Pero no soy idiota. Te he oído.

—¿Qué has oído? —Él no la entendía.

—Hace unos minutos, cuando hablabas con tu amigo.

—Anne, eso no era... no era exactamente así...

—No quería escuchar a escondidas, pero venía para contarte la noticia y lo oí. Dijiste “*yo no la quiero*” y te agradezco que siempre hayas sido sincero conmigo, que al menos no hayas intentado esconder tus intenciones.

—Aguantó las ganas de llorar con todas sus fuerzas, aunque venía un poco borroso el rostro de Samuel—. No sé mucho sobre el amor, pero sí sé que los sentimientos no se pueden forzar. No hay nada más cierto que eso. Hemos pasado toda esta semana separados y he tenido mucho tiempo para pensar...

—No deberíamos precipitarnos —replicó él sin saber qué decir.

—No lo hago. Solo quiero que sepas que, como decía tu amigo, no seré “*la pobre chica que te da problemas*”. Respeto que tú no sientas lo mismo.



Podemos ser amigos, llevarnos bien, tener un matrimonio tranquilo. No me inmiscuiré en la vida que hagas fuera de esta casa. De todas formas, sé que tienes que irte de viaje y que estás ocupado preparándolo todo para partir esta tarde, así que ya hablaremos cuando regreses. Tan solo necesitaba dejar las cosas claras entre nosotros antes de que tengamos que pasarnos la vida evitándonos.

Sin darle tiempo a decir nada más, Anne se dio la vuelta y desapareció.

Samuel se quedó mirando la puerta vacía por la que acababa de irse, dudando entre si ir detrás para decirle que en realidad sí sentía cosas por ella o permanecer sin hacer nada ante el riesgo de que aquello terminase por estallarles en la cara.

Le había dicho que lo amaba...

Sin dudar, sin titubeos siquiera.

La última y única persona que había admitido quererle había sido su madre. Samuel no estaba acostumbrado a muestras de afecto, a tratar con sentimientos ni a saber cómo comportarse en situaciones así. Anne parecía moverse con mucha más soltura entre las emociones y no dudaba en asimilarlas y admitirlas en voz alta.

Por eso terminó quedándose en su despacho y terminándose él solo la botella de licor que había abierto ante la llegada de Daniel. Cuando horas más tarde abandonó la vivienda y sus criados cargaron el equipaje en el carruaje, estaba completamente borracho. Pero no le importó, al revés. Así, al menos,

podía dejar de pensar con claridad en todo lo que estaba ocurriendo o en por qué le costaba tanto poner orden en su vida.

Se pasó todo el viaje hasta la primera posada con la vista fija en el asiento de enfrente que estaba vacío y que tan a menudo últimamente había ocupado Anne. Lo cierto era que no se habían separado desde que se habían casado. Lejos de cumplir su intención inicial, Samuel casi se había refugiado en ella de inmediato. Durante las últimas semanas, incluso había dejado de frecuentar el club y, pese a lo que pensó al principio, no se le había pasado por la cabeza en ningún momento buscar compañía femenina.

La única que necesitaba era suya...

Cerró los ojos cuando recordó que estaba embarazada. No podía esperar a que pasasen nueve meses para tener en sus brazos a ese bebé fruto de los dos, una mezcla de él y ella. Resultaba tan gratificante que contuvo el aliento al pensarlo. Toda su vida había deseado tener primero un varón para asegurar el título, pero en aquellos momentos le dio completamente igual; tanto si era un niño como una niña solo podía pensar en las ganas que tenía de acariciar sus mofletes sonrosados y de acunarlo con cuidado contra su pecho.

Él no sería como su padre y no se perdería sus primeros años de vida.

Le daría todo lo que necesitase. Amor, estudios y protección.

## 12

Anne visitó a su hermana aquella mañana porque tenía ganas de verla a ella y a su sobrina. Tras estar un rato en el cuarto del bebé viendo sus carantoñas, las dos bajaron al salón y una criada les sirvió el habitual té que tomaban y las pastas que tanto les gustaban.

—Eres una madre increíble —le dijo sonriendo.

—Tú también lo serás, Anne, ya lo verás.

Su hermana se había tomado con una alegría inusitada su reciente embarazo. Cada vez que pensaba en ello, Anne aún sonreía tontamente al imaginar a ese bebé que llegaría a sus vidas y en el que pensaba volcar todo su amor, que no era poco. Porque otra cosa no, pero Anne tenía amor para dar y regalar, y siempre le sobraba aún algo más. Su hermana Sophie solía decir aquello entre risas desde que eran pequeñas y tenía razón.

—¿Cómo se tomó la noticia Samuel? —preguntó.

—Bien —mintió—. Ahora está de viaje.

Esperaba que no insistiese más. Hacía casi una semana que se había marchado de viaje para visitar algunas tierras y embarcarse en un proyecto importante relacionado con el arado de los campos. A pesar de sus circunstancias, Anne lo echaba de menos. Cada día al despertar sentía su

ausencia, incluso aunque antes hubiesen estado unos días sin hablarse a ella le bastaba sentir su presencia en la casa, su olor impregnando cada una de las habitaciones. Ahora que no estaba, los días eran más apáticos y monótonos.

—Parece que al final las cosas no han ido tan mal, ¿verdad?

Miró a su hermana con pena, pero no quiso decepcionarla.

—No, tienes razón. Voy a servirme un poco más de té.

Tras otro rato más charlando con Sophie, se despidió de ella y de Jack, que acababa de llegar a casa sonriente como de costumbre, como si ese fuese su mejor momento del día, a diferencia del de la mayoría de los hombres que Anne conocía. Le encantaba eso de su cuñado, que adorase a su hermana por encima de todas las cosas.

Les dijo adiós y se subió en el carruaje que la llevó a casa.

El hogar estaba silencioso, pero ya lo sentía como propio. Se quitó la capa que la protegía del frío ante la llegada del invierno y se dirigió al saloncito en el que estaba encendida la chimenea para leer un rato antes de la hora de la comida. Sin embargo, aunque la novela era ciertamente interesante, no pudo concentrarse entre sus páginas y terminó observando casi sin parpadear las llamas del fuego que crujían delante de ella.

Rememoró la escena que habían protagonizado la semana anterior, cuando ella fue a su despacho a contarle la noticia y terminó escuchando algo que, aunque ya sabía, preferiría no haber oído. Porque ahora no podía quitarse de la cabeza la voz firme de él diciendo “*yo no la quiero*”, y la de su amigo

contestando “*tampoco creo que la pobre chica vaya a darte problemas*” Era casi humillante. No soportaba la idea de convertirse en una carga para Samuel o que alguien la considerase una pobre chica. Le resultaba terrible. Prefería casi la idea inicial que había pensado, aquella sobre vivir en el campo ajena a todo, porque allí al menos tendría su espacio.

Pensativa, cerró el libro, sin dejar de mirar las llamas.

Una criada apareció en el salón y le habló.

—Señora, ¿desea algo? —le preguntó.

—¿Qué? Oh, no, gracias Dolly.

—Si me necesita, llámeme.

—¡Espera! Ahora que lo dices... —Se mordió el labio inferior con gesto pensativo. Tenía dudas, pero sintió el impulso con fuerza—. Da órdenes de que preparen mi equipaje y también un carruaje. Que cojan ropa de abrigo en abundancia.

—No teníamos previsto ningún viaje...

—Ya lo sé, pero ahora sí.

—Pero, señora...

—Un cambio de planes.

Y con esa frase sentenció su destino.

Puede que quizá algunas personas no lo entendiesen, pero con el tiempo ella se lo explicaría y lo aceptarían. Seguro que su hermana se enfadaba al enterarse de que había decidido que vivir en la casa de campo de la familia

era mejor que quedarse en la ciudad viendo cómo Samuel la ignoraba o, peor aún, se relacionaba con otras mujeres, cosa que ella sabía que acabaría ocurriendo pronto, si es que no lo había hecho ya, claro.

Sophie podría visitarla allí cuando quisiera e incluso ir de vacaciones. Mientras tanto, ella tendría una vida acomodada lejos de Londres, se ocuparía del jardín trasero, pasearía por ese bosque tan bonito que había visitado durante su estancia y criaría a su bebé.

También Samuel podría ir a verlos con frecuencia, pero de ese modo sus vidas estarían separadas, pese al dolor que eso le suponía a Anne, y nadie sufriría en el camino.

Era, sin duda, la mejor opción para los dos.

Claro que, en ese momento, mientras veía como los criados se afanaban para preparar rápidamente su equipaje y poner a punto uno de los carruajes, ella no sabía que el dolor de tripa que tenía desde aquella mañana no se debía a que hubiese comido algo en mal estado ni a que llevase todo el día muy nerviosa, algo que a veces le contraía el estómago.

Hasta que no llegó a la casa de campo y entró en su dormitorio, no empezó a pensar que puede que ese malestar significase que algo iba mal. Se negó a darle importancia e intentó mantenerse positiva, como de costumbre. Durmió mal y a ratos.

A la mañana siguiente, cuando despertó, la parte baja de su camisón y las sábanas estaban teñidas de rojo. Un sollozo escapó de la garganta de Anne y

le atravesó el pecho.

Porque supo que había perdido a su bebé.

## 13

Samuel estaba agotado, pero al menos esos días de trabajo duro y de visitar una propiedad tras otra le habían servido para no tener tiempo para pensar en nada más. Si acaso algo así podía considerarse algo bueno. Sin embargo, ese día, cuando acabó y se dirigió al hostel en el que se estaba quedando esa semana hasta que avanzasen más al norte, deseó no estar allí en ese momento, sino poder transportarse y entrar al finalizar el día en su casa, donde Anne lo estaría esperando con una sonrisa y muchas ganas de hablar, como siempre cuando se trataba de ella. Parecía que nunca se le acababa la conversación.

Frunció el ceño cuando aporrearon la puerta.

—¡Ya va! —gritó algo malhumorado.

Esos días no aguantaba a nadie.

Un hombre esperaba con gesto serio y una carta en la mano. La cuestión era que a Samuel le sonaba, creía que lo había visto alguna vez en el club de Jack ocupándose de mantener a raya a los clientes o dando una vuelta por ahí como una especie de seguridad, aunque había oído decir que en realidad eran socios. Tenía el cabello rubio y los ojos de un verde intenso.

—¿Te conozco? —preguntó sorprendido.

—Me llamo Sebastian. Soy amigo de Jack.



—¿Qué puede necesitar Jack de mí?

—Me pidió personalmente que te trajese esta carta. Dice que es urgente. Llevo tres días atravesando el país casi sin hacer una parada, me dijeron que te encontraría aquí.

Samuel cogió la carta confundido, sin saber qué esperar hasta que, de repente, pensó en Anne. ¿Qué otra razón podía tener Jack para querer localizarlo urgentemente y mandar a su mejor amigo? Casi rompió el papel entre las prisas antes de leer la caligrafía apresurada.

Sintió que se quedaba sin aire. Tuvo que inspirar hondo.

Anne... Su pequeña Anne había tenido que sufrir aquello sola y él estaba a kilómetros y kilómetros de distancia sin poder hacer nada, impotente. La había dejado sola...

En ese momento, con un escalofrío recorriéndole la espalda, se dio cuenta de que estaba absurda y locamente enamorado de ella. ¿Qué otra cosa podía explicar el agujero que sentía en el estómago ante la idea de verla sufrir? Solo deseaba abrazarla tan fuerte como para conseguir aliviar el dolor y asegurarle al oído en un susurro que todo iría bien.

—Necesito un caballo —consiguió decir agitado.

—Ya he pedido uno en la posada —contestó Sebastian.

Samuel asintió, complacido ante lo eficiente que resultó ser aquel hombre. Juntos, a pesar de que empezaba a oscurecer y el cielo estaba lleno de estrellas, se dirigieron hacia Londres.

Mientras cabalgaba, se dio cuenta de que nunca en toda su vida había estado tan asustado. Más allá de la pérdida del bebé, temía que a Anne pudiese ocurrirle algo. ¿Y si enfermaba? No sería la primera ni la última mujer que fallecía por algo así, menos cuando el parto y todo lo referente al embarazo era una de las causas más comunes de mortalidad entre ellas. Todo su cuerpo se tensó al pensarlo; tanto, que hasta el caballo notó esa rigidez y se puso un poco nervioso por ello. Samuel lo instó a ir todavía más rápido en medio de la oscuridad.

El otro hombre, Sebastian, se mantuvo en silencio durante casi todo el camino, tan solo dejó caer algunas cosas cuando hicieron un par de paradas para comer, como que era el mejor amigo de Jack y socio del club, y que era la primera vez que hacía algo así, pero que al enterarse de la noticia no había ningún mensajero cerca del que Jack se fiase lo suficiente como para mandarlo a algo así a sabiendas de que no serían lo suficientemente rápidos.

Razón por la que había aceptado hacer un sacrificio semejante.

Cuando llegaron a la ciudad, Samuel se despidió de él dándole las gracias y prometiéndole que le debía un enorme favor que podía cobrarse cuando quisiese. El otro sonrió mientras negaba con la cabeza y desapareció poco después. Samuel, por el contrario, cogió algo más de velocidad y, cuando llegó delante de la puerta de su casa, casi sintió ganas de llorar de alivio al estar al fin allí, junto a ella. Llamó con insistencia y esperó hasta que abrió el mayordomo, que lo miró alucinado al verlo aparecer en aquel estado, con la

ropa sucia, el cabello despeinado y las ojeras bajo sus ojos al no haber dormido en dos días.

—¿Dónde está Anne? —rugió como un animal.

—Señor... espere... —El mayordomo lo siguió escaleras arriba y un par de criadas abrieron mucho los ojos al verlo pasar; nunca nadie había visto a Samuel tan desesperado—. Señor...

—¡Anne! —gritó, pero, cuando abrió la puerta de su dormitorio, vio que estaba vacío. No solo eso, era evidente que la mayoría de sus cosas no estaban allí. Se giró hacia el hombre con el ceño fruncido y alterado—. ¿Dónde está mi mujer?

—Se marchó —dijo el hombre temeroso—. Se fue al campo.

Samuel parpadeó sin poder creerse aquello. El hombre se encogió, probablemente al ver la expresión terrorífica de su señor, esa mueca que se transformó poco a poco.

—¿Quién la dejó marcharse? ¿QUIÉN?

—Lo decidió ella misma, señor. Se fue una semana después que usted, antes de que ocurriese... la pequeña desgracia... —dijo con tiento—. Fue inesperado. Estaba tan tranquila en el saloncito leyendo y de repente nos pidió que preparásemos el carruaje y su equipaje.

Samuel se pasó una mano por la frente, desesperado.

—Está bien. Prepara el mío. Partimos ya mismo.

Aunque estaba tan cansado que hasta respirar le resultaba una tarea

dificultosa, Samuel se mantuvo despierto mientras el carruaje lo llevaba por el camino que conducía hasta la casa de campo en la que se había criado de pequeño. No se le pasó por la cabeza que cuando Jack se refería a la casa familiar quisiese decirle aquello, porque había dado por hecho que Anne estaría en la ciudad, donde él la había dejado antes de marcharse.

Cuando al fin la propiedad apareció ante sus ojos, suspiró de alivio. Bajó del carruaje a duras penas y entró en la casa sin molestarse en llamar. Tampoco atendió las voces de las criadas mientras ascendía por la escalera de caracol.

Sin embargo, antes de llegar al dormitorio, frenó.

Lo hizo porque la figura de Jack le cortó el paso.

—¿Dónde está ella? —preguntó ansioso y hosco.

—Dentro, descansando. Sophie acaba de bajar para pedir que le traigan algo de comer.

—Tengo que verla, déjame pasar.

—Espera —pidió Jack.

—Apártate —gruñó.

La voz de Samuel sonó cortante y fría, pero Jack no se amedrentó ante ello. Lo sujetó de los hombros, para su sorpresa, y lo miró fijamente a los ojos.

—Ella está bien, Samuel. Ya pasó la fiebre. —Él casi sintió que le fallaban las rodillas. Tenía la mirada perdida, pero consiguió enfocarla en el rostro del hombre que le hablaba—. Puedes verla ahora, pero antes quiero decirte algo:

no seas idiota. Deja de comportarte como un crío orgulloso y admite que la quieres. Puede que ella no se haya dado cuenta, pero yo sé reconocer a un hombre enamorado porque sé exactamente qué se siente.

Samuel se pasó una mano por el pelo, cansado.

—La he fastidiado. Le fallé... —se arrepintió.

—Esto no es culpa tuya, no es culpa de nadie.

—Pero no estuve aquí. —Respiró profundo.

—Lo importante es que ahora sí lo estás.

Jack lo soltó y lo dejó allí al alejarse por el pasillo hacia las escaleras. Samuel cogió aire de golpe. El corazón le latía con tanta fuerza cuando abrió la puerta que casi podía escucharlo retumbando en sus oídos y en todas partes. Y al verla, se encogió dentro de su pecho.

Anne estaba tumbada en la cama, hecha un ovillo.

Tenía los ojos cerrados cuando se acercó.

Todavía afectado, se sentó a un lado de la cama y alargó una mano hacia ella para apartarle el pelo que le caía por un lado del rostro y acariciarle la mejilla con cuidado. Los párpados de ella se movieron y un segundo después, se abrieron antes de que su mirada lo enfocase, aturdida como si no entendiese que él estuviese allí en esos momentos, en su dormitorio.

—Sam... —Su voz sonaba como una brisa.

—Ya estoy aquí, cariño. Tranquila. Descansa.

Quería abrazarla tan fuerte que pensó que le haría daño, así que aguantó el

impulso y se contentó con trazar círculos en su mejilla con la yema del pulgar. Ella seguía mirándolo y, en un momento dado, sus ojos color avellana se anegaron de lágrimas.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo sin pensar.

—¿Qué sientes? No hay nada que sentir, cariño.

—Pero hemos perdido a nuestro bebé...

Samuel no lo soportó más. Se inclinó y la besó, acallando aquel lamento con sus labios y llevándose el sabor de sus lágrimas. Le susurró que se calmase, acunó su mejilla.

—No pasa nada, mi vida. Volveremos a intentarlo, ¿de acuerdo? Ahora lo único que importa es que tú estés bien. —La miró directamente a los ojos—. Porque te prometo que cuando me avisaron de lo que había ocurrido pensé que me moriría si al llegar tú no estabas... si te había pasado algo peor a ti. Y al no encontrarte en casa... —Se le quebró la voz—. No vuelvas a hacer algo así jamás, Anne, prométemelo.

Ella le sostuvo la mirada, tan valiente como siempre.

—Lo siento. Pensaba que te estaba haciendo un favor.

—¿Por qué? —Inspiró hondo. Tenía un aspecto terrible, estaba agotado y le dolían todos los músculos del cuerpo, pero toda su atención estaba puesta en ella.

—Porque no quería ser una carga para ti. Y yo puedo vivir feliz en el campo. En realidad, no necesito mucho más —confesó, consiguiendo que él

se estremeciese.

—No sabes lo que dices...

—No me compadezcas.

—No lo hago, Anne. Es que... te quiero. —Inspiró hondo—. Te quiero más que a ninguna otra persona y he sido un orgulloso y un idiota, porque me daba miedo que los sentimientos fuesen una complicación, pero yo no entendía... que es imposible evitarlos. Porque daba igual si apenas nos mirábamos en días estando en esa casa o si me alejaba kilómetros, seguía pensando en ti a todas horas y echándote de menos... cuánto te he echado de menos...

Lo interrumpió antes de que pudiese decir nada más.

Anne le rodeó el cuello con los brazos y lo besó, callando sus palabras y sin pensar, como siempre hacía, algo que hizo reír a Samuel a pesar de tener sus labios pegados a los de ella. La sujetó por las mejillas y hundió la lengua en su boca, consiguiendo que el beso se volviese más ardiente e intenso hasta que los dos se quedaron sin aliento.

Al separarse de ella, una sonrisa llenaba sus labios.

—Mi maravillosa Anne...

—Vuelve a decirlo —rogó.

—¿El qué? ¿Maravillosa?

—No, lo otro. Que me quieres.

Samuel sonrió. Iba a tener que acostumbrarse a decir esas dos palabras que

no recordaba haber pronunciado jamás en su vida hasta ese día. Parecía sencillo, pero a él le costaba, aunque por ella estaba dispuesto a practicar lo que hiciese falta. Al hacerlo, sentía como si su corazón se abriese y, durante esos segundos, le perteneciese a ella, aunque fuese de una manera simbólica que mucho tenía que ver con la realidad.

—Te quiero, Anne —murmuró.

—Yo también te quiero, Sam.

—Y en cuanto a lo del bebé... —Él deslizó un dedo por sus labios—. Son cosas que pasan y no es culpa de nadie. Lo intentaremos de nuevo y será diferente, ya verás. Pronto tendremos un montón de hijos a nuestro alrededor. Espero que en la parte emocional se parezcan a su madre, claro —bromeó haciéndola reír—. Pero nos irá bien, lo sé. Viviremos en la ciudad, pero podremos venir aquí cada vez que te apetezca. Con la condición de que lo hagamos juntos. Siempre juntos, ¿de acuerdo? Bésame si es un sí.

Anne sonrió con el corazón latiendo con tanta fuerza que pensó que le estallaría en el pecho. Lo hizo sufrir un poco, mirándolo traviesa mientras él esperaba. ¿Qué demonios? ¡Se lo merecía! Pero cuando la expresión de Samuel empezó a tambalearse, no quiso hacerlo sufrir más. Con deseo, posó sus labios en los suyos y selló aquella promesa con un beso.



## Epílogo

Anne inspiró hondo mientras recorría el bonito jardín de esa casa en la que su marido había crecido y que a ella tanto le gustaba. Aunque vivían en la ciudad casi todo el año, en verano aprovechaban para ir allí a menudo. Las flores estaban abiertas y el color salpicaba el prado verde que se extendía a lo lejos hasta la casa semicubierta por una frondosa enredadera.

Maldijo cuando se le enganchó el bajo del vestido en una rama con espinas y al tirar de la tela solo consiguió terminar rompiéndola, cosa que no ayudaba a mejorar su aspecto teniendo en cuenta que se había metido sin querer en un charco de barro y el borde del vestido estaba manchado. Puso los ojos en blanco antes de suspirar y seguir caminando hacia la casa con el ramillete de lilas en la mano que había salido a recoger para respirar aire puro y relajarse. Puede que a Samuel no le gustase dejarla sola cada vez que se alejaba un poco más de lo que él consideraba prudente, pero a Anne le gustaba la idea de mantener cierta independencia y de poder pasear tranquila y sin pensar en nada durante un rato.

Al entrar, la doncella abrió mucho los ojos.

—¡Señorita! Su vestido... —dijo alarmada.

Por el pasillo apareció su marido llevando en los brazos un pequeño bulto

que apretaba contra su pecho de forma protectora. Anne sonrió. Eran pocos los padres que se molestaban siquiera en coger a sus bebés, pero él estaba encandilado por el pequeño Nicolás y casi había que pedirle que lo soltase y fuese a dedicarse a sus asuntos y negocios.

—Déjala, Dolly, lo raro sería que volviese con el vestido impoluto.

—Muy gracioso —bromeó ella poniendo los ojos en blanco.

—¿Miento acaso, cariño? —La miró sonriente.

—No, pero no hay necesidad de resaltar lo evidente.

Dolly pareció darse cuenta de que ya no le prestaban atención y desapareció por el pasillo sin mediar palabra. Anne dejó el ramillete de lilas encima del mueble principal del recibidor y alzó las manos para que Samuel le diese a su hijo. Le acarició un moflete redondeado. Era precioso. Con el cabello tan rubio como el de su padre y los ojos azules. Una copia idéntica a ese hombre que tanto amaba y que se esforzaba cada día por hacerla la mujer más feliz del mundo, quizás porque no sabía que ya lo era y que poco podía hacer para superar aquello.

—Tu hermana y Jack estarán al llegar —anunció Samuel.

—¿Están listas sus habitaciones? —le preguntó ella.

Él asintió y luego se dirigió hacia la puerta al escuchar que llegaba un carruaje. Ella lo siguió. Habían invitado a su hermana y a Jack a pasar unas semanas con ellos en la casa de campo y, tras convencerlo a él para que dejase el negocio en manos de su socio Sebastian, ahora acababan de llegar.

La puerta del carruaje se abrió.

Su sobrina soltó un gritito y, cuando la dejaron en el suelo, caminó hacia ellos a trompicones, porque siempre quería correr más de lo que sus piernas le permitían. Samuel se rio al verla y le acarició la cabecita antes de saludar a Jack con un apretón de manos.

—Me alegro de verte, amigo. —Samuel le sonrió.

—Lo mismo digo. —Jack le devolvió el gesto.

Sophie y Anne se miraron y se sonrieron mientras seguían a los hombres dentro de la casa. Contemplando a su marido, uno de los hombres más respetados de la ciudad, hablando con Jack, uno al que aún consideraban un diablo, Anne sonrió y pensó que por fin todo empezaba encajar, pese a sus diferentes, y que era perfecto.

Su hermana le dio un codazo y le susurró al oído.

—Al final sedujiste al duque...

—Eso parece. Aprendí de la mejor.

Anne sonrió al tiempo que abrazaba a su hijo.

**FIN**

# **Seduciendo al canalla**

## **Serie Seduciendo #3**

Próximamente la historia de Sebastian.

### **NOTA DE LA AUTORA:**

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis.

## Todas las de la serie Magazine...



# Ya a la venta...

## “La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?

OLIVIA KISS

Besos #1

*La  
promesa  
de un beso*



## **“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)**

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?





## “Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



## “El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



## “Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?



